

Capítulo IV

La red social de los “cabros jóvenes”: identidad y sospecha (1973-1998)

De ‘cabro chico’ a ‘cabro joven’ o la memoria de los que sobran

Encadenados al fondo de la solapada crisis neoliberal, los niños pobladores ven, sienten y asimilan en su propia piel y mente cómo se precariza el empleo de sus padres, cómo esa precarización rompe el equilibrio emocional de éstos y cómo, al surgir brotes de violencia intra-familiar, se va deteriorando la red afectiva que los ampara y que protege su desarrollo integral. Hasta que quedan en estado de semi-abandono, con escaso o ningún futuro promisorio. Es aquí, en este punto, cuando y como comienza a irritarse, ahora, la propia subjetividad de esos niños; cuando muestran conductas agresivas, practican juegos violentos o ingresan, poco a poco, en el mundo de la ociosidad, la droga o la misma delincuencia.

Allí, sin embargo, en ese mismo punto, y sin otra razón aparente que su propia naturaleza humana, los niños devuelven, también, frente a los golpes de la crisis, gestos solidarios, de profundo contenido humano. Pues, de una parte, se agrupan entre sí a través de múltiples formas de fraternización solidaria; de otra, no dudan en sacrificar su futuro y ‘salen’ a trabajar para ayudar a sostener la canasta familiar (o su propia ‘independencia’) y, de otra, despiertan, por eso mismo, en los jóvenes, adultos y profesionales del vecindario, actitudes y gestos de solidaridad hacia ellos. Y es así como crean en torno suyo —más allá de su propia agresividad y violencia—, tejidos y valores sociales que tienden a frenar y neutralizar el colapso emocional de las villas y ‘poblas’ donde se instala, como dinamita de profundidad, el “malestar privado” que caracteriza a la crisis actual.

Es decir: en torno a los niños se forma un ‘capital social’ de signo positivo, que compensa el déficit humano

familiar generado por la crisis. O sea: un germen solidario que podría, tal vez, dar vida y dirección a un movimiento social anti-crisis y regenerador de valores. ¿Lograra este ‘capital social’ básico perdurar en el tiempo y desarrollarse como un movimiento social capaz de revertir el “malestar privado”?

Por todo lo que se ve, desafortunadamente, no. Pues, a medida que los “cabros chicos” crecen y se transforman en “cabros jóvenes”, esos tejidos y valores se deterioran y cambian de sentido: se desdibujan las frágiles redes solidarias y aparece, a cambio, un tenso nudo que ata la ira de los vecinos adultos con la sospecha policial, y la frustración alcaldicia con los diagnósticos represivos sobre los cuales políticos y gobernantes fundan su estratégico concepto de “gobernabilidad” (entendido hoy como de “seguridad ciudadana”). No se forma aquí, en torno a ellos, un ‘capital social’ rehumanizador —como ocurrió con los niños— sino un ‘capital institucional’ irritado y a la defensiva. Por esto, con el paso del tiempo, los otrora “cabros chicos” ya no van a ser más los simpáticos niños a los que se protegía y ayudaba: ahora son y serán, sólo, esa “juventud dañada” que es un quebradero de cabeza para el vecindario y una virtual amenaza para toda la sociedad; un desecho social que se escapó de la jurisdicción benéfica de padres y profesores, para caer de modo inevitable en la jurisdicción punitiva del juez y la policía, o en la no menos punitiva función ‘rehabilitadora’ del Estado.

78

Habiendo caído en ese abismo de ‘marginalidad sospechosa’, los ex cabros chicos ya no despertarán más sentimientos colectivos de afecto y protección, sino de cansancio, ira y represión. Por eso, ante el inevitable deterioro de las redes sociales solidarias que amparaban sus problemas de infancia, los “cabros jóvenes” no tendrán más alternativa que tejer y extender sus propias redes fraternales, desarrollando en cualquier dirección la solidaridad (“amistad”) que ya habían forjado *entre ellos mismos* cuando eran niños; ni tendrán otro destino que buscarse los unos a los otros (o a las otras) en las esquinas, en la cancha, o en los sitios eriazos: donde sea, pero ya no en la casa; ya no en el sistema educacional, ni, por cierto, en algún trabajo estable. Deberán, pues, de un modo u otro, apandillarse. ‘Apatotarse’. Y, por lo mismo, deberán aprender a dar respuestas ‘de grupo’ para paliar de algún modo sus crisis ‘individuales’. Deberán proyectarse en acciones rebeldes y transgresoras, por ejemplo, dirigidas contra la sociedad que los excluye y enjuicia; o en acciones solidarias (de apoyo a la misma comunidad de la que vienen, y de la que, por razones que escapan a su control, ya no podrán alejarse). Así, de haber sido (cuando niños) ‘sujetos pasivos’ pero convocantes del apoyo unitario de la comunidad, se transforman en jóvenes ‘actores protagónicos’, cuya autonomía de acción —que se torna notoria por angas o por mangas— irrita y divide a la comunidad local, sin unificarla.



...ni tendrán otro destino que buscarse los unos a los otros (o a las otras) en las esquinas, en la cancha...

A medida que el tiempo pasa, la vida poblacional, poco a poco, inadvertidamente, comienza a girar y a depender, para bien o para mal, de la *identidad* que los “cabros jóvenes”, a pulso, de manera autónoma, a contrapelo de todos, en las calles, canchas y en las esquinas, logren construir por sí mismos, pero dentro de la *misma* comunidad en la que fueron niños.

Por eso, el aumento demográfico de los “cabros jóvenes” no hace sino agudizar el problema. Porque los vecinos fundadores, ante el fenómeno social de sus hijos ya crecidos, sienten inseguridad y temor. Pues los cabros jóvenes ocupan y saturan todo el espacio vecinal disponible. Como que, debiendo ‘irse’ (o sea, a estudiar, casarse y trabajar), *no se van*. Pareciera que el espacio local se repleta de jóvenes, ya que, en verdad, ni el sistema educacional, ni el mercado laboral, ni la misma sociedad demuestran tener espacio donde ‘llevárselos’. Y todos terminan sintiendo —incluso los jóvenes mismos— que, en definitiva, allí mismo donde fueron niños, *sobran*. En la mismísima población que es el orgullo de los ‘fundadores’. Pues, desde allí, los canales de desagüe para otra parte son escasos o están bloqueados. Por lo que, si bien la comunidad local hace sitio para recoger a los “cabros chicos” que la crisis desecha y abandona, no reacciona igual frente a los cabros jóvenes que *no recogen* ni la sociedad ni el mercado. Como que, para esa comunidad, los que una vez fueron niños ‘inocentes’ se transformaran, más tarde, en un verdadero ‘terror local’. En una especie de monstruo social que, al quedarse enjaulado en la misma población, no deja más alternativa a los dirigentes vecinales y al municipio local que, por un lado, ‘entretenerlo’ con sucesivas acciones participativas y útiles multicanchas (distrayendo su agresividad latente); por otro, ‘ilusionarlo’ con cursos y capacitaciones que supuestamente lo amarrarán al poste moderno del sistema laboral; y, por último —si eso no resulta— ‘extirparlo’, rebajando a cero la tolerancia policial, a catorce años la edad de “imputabilidad” y multiplicando el número de cárceles y centros de rehabilitación.

Ni la sociedad global, ni el mercado mundial, ni la comunidad local parecen solidarizar *estratégicamente* con el destino de los ‘cabros jóvenes’ de una población marginal. En esta situación, ¿qué pueden hacer ellos mismos? Desde ya: juntarse. O sea: ir en patota de aquí para allá y de allá para acá. Y, sobre todo, conversar. ¿Para qué juntarse, para qué hablar? Para lo que sea: para soñar que el mundo se va a crear de nuevo; para contarse sus pobres experiencias y su magro futuro; para emborrachar o drogar la rabia y la frustración; para agotar la fuente del amor y el sexo; para desatar el impulso transgresor, lúdico o artístico; para realizar acciones solidarias que hagan sentir, cuando menos, el soplo de la propia humanidad. Para todo eso, y para más. Es decir: para estrujar la vida posible de un presente histórico que *no* reconoce pasado feliz *ni* tiene gran potencialidad de futuro. En definitiva, para construir una identidad propia que, aunque marginal, poco útil y sujeta a sospecha, es, sin embargo, pese a todo, identidad. Resumen de crisis y molécula de humanidad. Y en todo caso, muestra irredargüible de autenticidad.

De la ruptura del vínculo vecinal al acecho policial

Dijo la señora Virginia, dirigente de la Junta de Vecinos de la Villa Corazón:

—Tenemos harta juventud, y de repente me da como susto. Yo siempre he tratado de luchar por los cabros jóvenes, por tenerles un espacio, pero no hay espacio para ellos. Ya no se puede. Y nos conformamos... Lo que preocupa son los cabros que vienen; ¡ya vienen!: hay dos generaciones más, que son las de 13, 14 y 15, y la generación chica que viene más abajo. Ya tenemos tres nidadas que hay que sacar adelante. Así es que... no sé, mientras no tenga uno dónde irlas formando...

¿Cómo se resuelve el problema producido por la acumulación de las “nidadas” y el creciente número de ‘cabros jóvenes’ (mayores de 14) en la población? En parte, el problema se resuelve cuando los mismos “lolos” se van, para casarse con jóvenes de afuera, o para buscar trabajo en otra parte:

—Los jóvenes que conocen otras lolas —dice la señora Laura, de la población Puertas de Fierro— se casan y se van. Se van de acá. Y las lolas también: conocen otros jóvenes de afuera, se casan y se van. Yo tenía aquí seis: tres hombres y tres mujeres. El hijo mayor se casó el año pasado no más y se me fue de aquí, se me fue de 22 años. Eso pasa: que la juventud se está yendo. Es que aquí no hay mucho futuro, porque, de quedarse aquí, el joven tiene que trabajar en el campo por el mínimo, que son 70 u 80 mil pesos... y dígame usted: ¿qué hace un lolo de 18 años con 80 mil pesos?

—Cuando yo llegué aquí estaba toda la prole, toda —dice la señora Adriana, de la Villa El Trapiche—; entonces éstos crecieron y después... Y ahora hay cualquier cantidad de niños, ¡si este año se pasó pa’ nacer niños! La mayoría son de los cabros jóvenes, de los mismos lolos que, cuando yo llegué aquí, tenían entre 17 y 18 años. La mayoría de ellos vive ahora con los papás, viven de allegados acá. Lo que pasa es que a los chiquillos les cuesta irse, que se vayan de acá...

Para irse de los sectores sur o poniente de Rancagua es necesario haber estudiado algo más que Cuarto Medio o haber egresado del Comercial, o haber tenido la suerte (o el “pituto”) de hallar un empleo mejor en otra parte. Los niños que, empujados por la crisis familiar y su propio sentido de solidaridad, ingresaron a alguno de los empleos menores que allí se ofrecen (vender diarios, empaquetar en los supermercados, comercio ambulante, recoger frutas, ayudar a los areneros en el río, etc.), tuvieron que desertar más temprano que tarde del sistema escolar, y no les quedó más futuro que seguir perseverando en sus oficios de niño y en el mismo tipo de empleo que sus padres. O sea: tuvieron que quedarse y vivir del trabajo precario. Sólo una minoría pudo estudiar o hallar un empleo mejor en otra parte. La escasez nacional de empleos mejores que los ofrecidos localmente tornaba y torna difícil dejar la población y no ser un incómodo allegado en la cada vez más atiborrada casa de los padres.

—Es que aquí no hay mucho futuro —dice la señora Laura—, porque, de quedarse aquí, el joven tiene que trabajar en el campo por el mínimo... Yo tengo un lolo que no pudo estudiar más porque tuvo una

situación crítica tiempo atrás. Tuvo que dejar de estudiar. Ahora trabaja en la Viña Santa Mónica, pero gana el mínimo; él trabaja y recibe la plata, que se le hace sal y agua... Mi otro hijo, el que se casó, igual: cuando estaba aquí trabajaba en el campo por el mínimo. Después de ahí me dijo: 'Ya, ¿sabís, mamá? Estoy aburrido, no quiero trabajar más en el campo, porque no quiero, no me gusta'. Y se decidió y sacó documentos de manejar. Ahora trabaja en Agrogas y es chofer de camiones y tiene un sueldazo para lo que ganaba aquí... Entonces, por eso que la juventud se aburre.

—Usted ve que el campo está lleno de máquinas —agrega don Gustavo, presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans— que le quitan el trabajo a los humanos; está todo mecanizado y, ¿en qué van a trabajar los jóvenes, si no quieren estudiar y están metidos en el vicio? Yo no digo que no trabajen, pero yo los veo de noche y de día allí, sin hacer nada. Esta es una nueva generación, que se viene originando más o menos unos diez años...

Las faenas agrícolas se están mecanizando, es cierto. Pero hay faenas primarias que no, que se mantienen utilizando las mismas técnicas manuales del pasado, como es el caso de la extracción de arenas y rípios del río. Es el viejo empleo precario de los padres, el mismo que los jóvenes "que no se pueden ir" terminan al final por asumir. Como único instrumento para labrar futuro.

82

—Siempre dentro gente joven a trabajar aquí —declara don Eduardo Cáceres, presidente del Sindicato de Areneros—, siempre está llegando gente joven. Si aquí ven que hay trabajo, que hay movimiento, llega cualquier cantidad de jóvenes. ¿Por qué? Porque está a la mano, está cerca y ven posibilidades de ganar algún dinero. Pienso que se sienten más o menos lo mismo que yo sentí cuando fui joven y empecé a trabajar, pienso que la situación es la misma... A veces podemos pensar que son ociosos, que son malos, pero el problema es éste: no tienen dónde trabajar; o sea, digamos, no tienen un espacio donde ganarse la vida y formarse. Entonces esto va más allá de lo que estoy relatando, de una manera va mucho más allá y es mucho más preocupante. Yo creo que uno de los problemas de la juventud es la falta de oportunidades... y ellos, donde no encuentran, digamos, un futuro, se van rozando con esas juntas y van encontrando el mal camino, la drogadicción. Yo sí lo sé.

—Los jóvenes están muy abandonados —corroborra la señora Isabel, dirigente de la Junta de Vecinos de la población San Francisco— y crecen antes de tiempo, por el hecho de que tienen 10 o 12 años y ya están trabajando. Entonces para ellos están vedadas muchas cosas que los niños normales hacen a esa edad. Entonces ya tienen una mentalidad de hombres... Hay chicos que a los 17 años ya son papás; que a los 13 o 14 años ya son mamás. Esto me gustaría que se terminara. Me gustaría darle más apoyo a la juventud, tratar de entenderlos un poco. Mira, aquí, como en todas las poblaciones, tenemos alcoholismo y tenemos drogadicción también...

No irse de la población es quedarse en calidad de 'sobra', como excedente. En el mejor de los casos, es quedarse trabajando en el mismo oficio precario que los padres y llenando la casa de nuevas y nuevas "nidadas" de niños. Masticando la amargura no sólo de no ser 'más' que los viejos, sino

de ser también, a menudo, ‘menos’ que ellos; justo cuando el mundo, con la televisión, el internet y las comunicaciones, se ha aldeizado y achicado. Muchos cabros jóvenes sienten que la violencia que los viejos descargaron sobre ellos, debe devolverse, esta vez contra el viejo o la vieja que quedó en la casa, al alcance de la mano. Así, el amor filial se troca, para muchos, en odio impotente. No irse significa, para ellos, vivir perpetuamente hundido en ese odio: si no se puede escapar de la ‘pobla’, ¿no es mejor irse de este mundo?

—Hay problemas de crisis intrafamiliar —acota Cristián, 28 años, monitor del grupo juvenil de la población Las Tranqueras—: aquí hubo un joven que se suicidó, y ya otras veces había intentado matarse. Cuando este joven les dijo a todos que se iba a matar, yo no estaba, y ahora en el grupo juvenil hay cabros que han dicho lo mismo. Yo he tenido que estar hasta las dos o tres de la mañana conversando con ellos. Porque una vez a mí me pasó, choriado de todos los problemas, acorralado; quise hacer lo mismo cuando mis padres se separaron. Yo tenía 16 años cuando se separaron... Y yo quería hacer lo mismo. Yo estuve a punto de enterrarle la cuchilla a mi papá...

Por razones “que van más allá de lo que estoy relatando” —según dijo don Eduardo Cáceres— los jóvenes no pueden irse, salvo unos pocos. Por tanto, tienen que quedarse en la misma casa de sus padres. Pero éstos no pueden sobrellevar la vida en un nivel socioeconómico aceptable —por las mismas razones “que van más allá”—, ni su propia relación conyugal. La impotencia de todos genera la ruptura de los lazos familiares. Siendo difícil luchar contra los procesos que dan su latigazo desde “lo que está más allá”, la impotencia pareciera duplicarse en la mente y la psiquis de los cabros jóvenes que no se pueden ir. Y no quieren estar ni vivir precisamente donde, como “allegados”, están obligados a quedarse, tal vez para siempre: en la estrecha casa paterna.

—Claro, este joven tenía problemas —continúa Cristián—, porque tenía padrastro y el padrastro se dialisaba. Y resulta que cuando el padrastro volvía de la diálisis se encontraba con él, y lo molestaba y lo odiaba. Y él no se quedaba callado y le contestaba al tiro, y entonces el caballero iba a los empujones y se le tiraba encima... Y llegó el momento en que la mamá de él me mandó buscar y me dijo que lo llevaron al psicólogo, que le conversaba a ella de lo que hablaba conmigo. Yo le decía: ‘Si no podís seguir estudiando... ¡trabaja!, porque tú ya perdiste el derecho a ser distraído y rebelde, ahora vai a tener que madurar y trabajar, y si querís ser alguien, tenís que estudiar’. La Jéssica trajo un curso de corte y ensamble de estructuras metálicas de aluminio para cabros de 15 a 18 años, y al chiquillo se le encendió al tiro la ampolleta y dijo: ‘¡Ésta es la mía!’... Lo llevé yo mismo. Y lo primero que le preguntaron fue: ‘¿Qué edad tenís?’... Le faltaban tres meses para cumplir quince. ‘¡Ah, entonces no podís!’, le dijeron, sin saber el problema del joven. Es la psicología que emplean ellos. Yo les dije que él estaba tan aburrido que se iba a cortar las venas... Este tema lo plantié en la Directiva y allí me dijeron, con estas mismas palabras: ‘Eso no es tan importante’...

El joven del que se preocupó Cristián, tras esa doble negativa, sintiéndose definitivamente “acorralado”, se suicidó.

La posibilidad de ‘irse’ de la población por la vía del suicidio y la autoeliminación —posibilidad que, según Cristián, está en la conversación de los jóvenes— revela que la relación entre esos jóvenes y la comunidad adulta local (o la sociedad global, que “va más allá”) es beligerante. Sin salida racional. Que se trata de un conflicto radical, a veces terminal. ¿Es una guerra a muerte, donde la muerte es el rechazo, la negación del otro o de sí mismo y el escape o la evasión de este mundo por cualquier medio? La agresividad endémica “contra la persona” es uno de esos medios; el suicidio u homicidio, otro; el alcoholismo y la drogadicción, otro (donde estos últimos parecen ser los medios menos violentos, ya que se vuelcan contra el propio adicto). Los grupos juveniles que atestan la población luchan como guerreros a favor o en contra de la muerte, con un heroísmo que no parece tener destino, ni victoria final, ni reconocimiento. Pues la comunidad local, que fluctúa entre ser amiga o enemiga, termina por construir una imagen negativa de su virtual ‘adversario’:

—¿Problemáticas? —se pregunta Aldo Massera, monitor juvenil de la Villa Parque Koke—: drogadicción, mucha drogadicción de los jóvenes. Alcoholismo. Diez o quince años atrás la mayoría de los cabros adultos eran marihuaneros. Pasó el tiempo y los cabros más jóvenes tomaron la iniciativa de los más adultos de ser también marihuaneros. Es decir: esta cuestión va por generación. Y yo creo que es el caso de muchas poblaciones donde los chicos siguen la iniciativa de los más grandes, donde ven que andan marihuaneando en el parque o en la otra población, y así, sucesivamente, van turnándose. Tú podís ver de todo, de todo hay. Lo que pasa es que se oculta. Hay mucha gente que ofrece drogas a los mismos cabros. Incluso tú podís ver en la multicancha que el día sábado llega gente de afuera a consumir alcohol, por las noches. Son estudiantes. Aquí tú podís ver todos los días carabineros que llegan aquí a sacar cabros que están pero alcoholizados al cien por ciento; estudiantes que tú podís decir: ‘¡pucha! tendrán unos quince años’, que van pero borrachos, mujeres y hombres. Y hay como prostitución ya: se ven actos sexuales a pleno día...

—Ahora la juventud es otra cosa —agrega el presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans, don Gustavo Miranda—: cometen desórdenes. Hicimos una anticuchada pro-fondos para la Navidad, pero hay ciertos jóvenes que no son dignos de mencionarlos, jóvenes que llegaron a cometer desórdenes a la sede, incluso balazos hubieron por ahí. Se perdió esa tradición que tenía la población... Muchos niños de aquí no siguen sus estudios, por distintas ideas de ellos: van creciendo y les da por no ir a estudiar, para tomar una pala y una picota, salir a trabajar y en la tarde tomarse una pilsen y fumarse su cigarro. Y qué pasa acá con la juventud: hay grupos que quieren participar y otros que no los dejan participar. Cuando están trabajando y haciendo una actividad, van y los interrumpen, los molestan...

La opción de los jóvenes por “tomar una pala y una picota” y no por “ir a estudiar”, ¿es una opción libre o una opción forzada? ¿Es una decisión ‘perversa’ o, al contrario, una opción solidaria decidida en el punto límite de la crisis (como la decisión del joven suicida de tomar el taller de armaduría en aluminio)? Y la opción por cometer desórdenes, embriagarse o drogarse, ¿es una opción limítrofe, desesperada, o es una decisión

maquiavélica destinada conscientemente a molestar al vecindario? Como quiera que sea, la nube de sospechas y rechazos sigue densificándose alrededor de esas ‘opciones’ juveniles, hasta llegar a paralizar el conjunto de la vida comunitaria:

—Esta generación es mala —continúa don Gustavo—, por eso, como dirigentes, no nos atrevemos a hacer ninguna actividad social. Tenemos un lugar para hacer bailes, para que se recreen los mismos pobladores; pero éstos nos dicen: ‘¿Van a hacer un baile? ¿Para qué? ¿Para que se forme la mocha con esos mariguaneros?’... Antes había más control: todos nos conocíamos; ahora hay revólveres y cuchillas y puro molestar a los dirigentes. La presencia policial es poca; el furgón de Carabineros viene a veces, pero como en una pista de alta velocidad. Yo les he dicho que los carabineros deben andar a pie aquí, y ellos conocen los puntos claves. Yo veo escasez de vigilancia; que no tienen furgón: varias explicaciones dan.

La generación adulta, desesperada, termina buscando, como aliado contra la “mala” generación juvenil, el aparato policial. Y no al revés; es decir: no se asocia con los jóvenes para luchar contra los factores que, actuando desde “lo que va más allá”, explotan diversos tipos de crisis en la psiquis de todas las generaciones de la comunidad local. ¿Son útiles los aparatos represivos de “lo que va más allá” para terminar, más acá, con las distintas formas en que la crisis se subjetiva y estalla entre los pobladores? ¿Qué es lo que puede resolver, más allá o más acá, un piquete de carabineros caminando a pie por “los puntos claves”? Desde luego, parece poco probable que pueda resolver el problema de la enorme multiplicación de esos jóvenes a quienes “les da” por tomar la pala y la picota en vez de ir a estudiar, y el problema de cómo crece y se acerca el juicio negativo de los adultos respecto a los jóvenes que llenan todos los espacios y todos los silencios:

—Lo único que no me gusta mucho del sector es la juventud —dice la señora Isabel, de la población San Francisco—, es muy atrevida. Aquí, por ejemplo, en la esquina de aquí donde vivo yo, se juntan muchos niños, en la noche sobre todo. Hacen muchos ruidos molestos... Dicen a veces: ‘es que la juventud es así’; pero no, también hay que ponerle un poco de remedio. Se juntan para conversar, pero a veces se ponen a pelear también, y se enojan. A lo mejor estarán bebiendo en la esquina. Se juntan sobre todo el fin de semana, el viernes, sábado y domingo, y se juntan ahí. Lamentablemente son niños jóvenes de 16 años, que uno los conoce pero desde guagüitas. Entonces da pena. Las mamás nos arrepentimos de no haber educado a los hijos a tiempo, quitarles esas cosas. Pero no todos tenemos los mismos criterios...

¿Es sólo una cuestión de “criterios” maternos o paternos acerca de cómo educar a los niños en la casa? ¿O son también factores de fuerza mayor, que los padres no logran controlar? Pues la vida, a veces —como dice la señora María Eugenia, de la Junta de Vecinos de la población Irene Frei— no es “color de rosa”:

—Te puedo hablar de que no tuve mamá. Mi mamá murió cuando yo tenía año y medio. Fui criada con abuelos entre comillas. He dado muchos tumbos en mi vida, muchos tropiezos, la vida no me le ha presentado color de rosa. He tenido que luchar muchísimo. Soy una

mujer separa, pasé muchas cosas cuando me casé; pasé por hambre, por miseria... Mi ex marido tomaba, no le alcanzaba la plata para que mis hijos comieran. Supieron de mucha hambre mis hijos, y todavía la recuerdan cuando ahora ven estas tremendas hornadas de pan que yo les hago. Muchas veces ellos no tuvieron para comer. El padre no era un padre ejemplar, porque prefería tomarse la plata antes que preocuparse de ellos... Estuve enferma de una neurosis salvaje y yo los golpeaba a ellos... ¿Qué quieres que te diga? Hoy me siento mal de ver cómo se golpea a un niño, porque el mismo problema que yo tenía con mi marido lo descargaba con mis hijos, y los dos mayores recibieron muchas palizas mías, muchas... Ahora me siento a reflexionar y pienso por qué, por qué yo pasé por tantas cosas con mis hijos; por qué Dios no me dio a entender o por qué no hubo una mano amiga que me dijera: '¡joye! estás procediendo mal, ubícate por este lado, que lo que estás haciendo está mal'. Por último mi marido, que era cinco años mayor que yo, pudo haber sido distinto, puesto que eran unos hijos lindos los que teníamos. Pero nunca recibí nada de él, sino todo lo contrario: puros insultos todos los días. La Blanquita se enfermó de los nervios. Andrés también. Fue a tal extremo que te voy a decir que mi ex marido hizo tomar también a mi hijo mayor, que le tuve que hacer un tratamiento contra el alcoholismo. Llegó el momento en que me separé de él. Llegué a estar casada 21 años con él... Bueno, un día conocí a este hombre que me ayudó con mis hijos, con mi casa, ¡qué sé yo! Es de mal genio, tiene un genio terrible. Yo también soy de mal genio, y soy una persona... muy posesiva, autoritaria; porque yo soy autoritaria, porque en mi hogar yo hice de hombre y de mujer, por esto tengo esta voz de mando, porque pegamos un puro grito y el cabro, no sé si de miedo o porque yo lo dirigía bien, obedece... Porque, como te digo, jamás tuve un familiar a mi lado, siempre me las batí sola, sola, sola... Mira, me quiebro al recordar el pasado, porque fue amargo ¿viste?, fue amargo para mis hijos, fue amargo para mí...

La guerra de los jóvenes contra la presión que los acorrala en su propia población no parece ser, pues, muy distinta a la guerra que, en décadas anteriores, libraron sus mamás y papás contra el mismo tipo de crisis. El círculo se cierra sobre la misma cárcel, consolidando la misma marginalidad. Reproduciendo la misma violencia subjetiva. Y el problema sigue siendo el mismo: ¿cómo escapar de allí?

De los grupos esquineros: amistad, tiempo libre, espacio, identidad

Si la mayoría de los pobladores jóvenes no puede irse a otra parte con una buena 'pega' o para cursar estudios 'superiores'; si el escapismo a través del alcohol y la droga no conduce a ninguna parte, y si el suicidio no parece una salida sino una catástrofe ¿dónde, a fin de cuentas, pueden esos jóvenes buscar refugio? ¿Dónde pueden hallar fuerzas de recambio, solidaridad real, ideas para remontar la situación y convertir en algo positivo y humanizador el ataque deshumanizador de la crisis? ¿Dónde y cómo construir, en definitiva, la identidad?

La respuesta es simple: sólo *entre* ellos mismos.

Es lo que los lleva a juntarse en las esquinas. A formar grupos y pandillas; o extensas redes de amigos y conocidos. A conversar y fumar y beber. A ‘carretear’, juntos, de un lado para otro. Es que entre ellos mismos pueden hallar sustituto para todo, y a veces no sólo sustituto, sino también identidad, valores reales de mayor calidad incluso que los que ‘ofrece’ la sociedad dominante. Valores que, acaso, nunca podrán realizar en gran escala, en toda la comunidad o la sociedad, pero que sí pueden *sentir* en sí mismos como utopía y *expresar* públicamente como si fuera su legítima verdad. Apoyándose en ellos pueden autoconstruir una identidad que no tendrá acaso ninguna aceptación ni concreción de tipo institucional, pero que estará o puede estar rebosante de emociones, símbolos y de libre creatividad. Y es por eso —es decir, porque los cabros jóvenes ‘pactan’ entre ellos una identidad esencialmente fraternal— que pueden asimismo darse apoyo recíproco, compañía, o la complicidad necesaria para tomarse desquite de todo, para fraguar la rabia en delitos y venganzas. Los ‘cabros esquineros’ pactan con sangre propia, pues, una logia local, una red social emergente que es capaz de ‘devolver’ valores auténticos contra el bombardeo de anti-valores que el mundo dispara contra ellos, como también de iniciar, con rabia, con emoción incontinida, a su manera —cometiendo delitos o no—, la *vendetta* marginal contra la sociedad global; el movimiento social invisible y soterrado que inicia, tortuosamente, el cambio global de la misma, tanto como la realización periférica de la misma identidad marginal.

En todas las poblaciones hay decenas y aun cientos de grupos esquineros. Los hay de los más diversos tipos: algunos que sólo tienen por fin pasar un buen rato; otros que ‘conversan’ los problemas propios tanto como los de terceros, y que se sienten obligados a hacer algo por los demás; otros que han llegado a la conclusión de que es ridículo e inútil ayudar, que mejor es no hacer nada, drogarse, transgredir o delinquir; y, otros, en fin, que se limitan a circular por la periferia de las redes juveniles. En su mayoría están formados sólo por hombres; pero hay grupos mixtos. Todos, sin embargo, tienen como núcleo originario y centro de gravedad a un dúo o trío que ha desarrollado sólidos lazos fraternales, o por parentesco (primos sobre todo) o por vecindad, en torno a los cuales se asocian sujetos o parejas venidos de otras poblaciones o sectores. El conjunto total de grupos forma una madeja o red que, como telaraña, cubre toda la población y, a veces, varias poblaciones y sectores. Todo grupo, por tanto, de una manera u otra, está inserto o colgado de esa gran red.

El grupo de Rodrigo González (25 años), de la Villa El Trapiche, es típico en cuanto a su núcleo central (Rodrigo y su primo Javier), a sus actividades de entretenimiento, y a las redes que unen este grupo a otros sectores y, aun, a otras ciudades:

—Yo estudié en el... la enseñanza media la estudié en un Comercial, y la Básica... eehh, Jean Piaget se llamaba el colegio, que queda en la San Francisco... Mira, mi adolescencia ha sido bien corta, digamos, porqueeee me pasé deee, por ejemplo, deee... me privaba de muchas cosas porque yo sufro de la enfermedad de la insuficiencia renal. Y me dialiso.

Entonces ese trayecto lo perdí, digamos, no me divertí tanto, ¿verdad? Pero igual, o sea, laaa... amistad que hay aquí en la Villa es buena... Los componentes del grupo están entre los 16 años (que es el Carlitos) y los 26, que es... que es el Chascón y yo; somos los mayores, digamos, y los que nos juntamos siempre, poh; pero hay otros. Por ejemplo, el Pablo Celedón, que se junta con nosotros de repente; tiene ya sus 28 años, tiene el Pablo. Los otros están alejados... Nos juntamos adonde mi primo Javier. Lo que se hace siempre ahí es escuchar música; nosotros somos fanáticos por la música; o sea: nos gusta la música. A mi primo Javier... él es bueno pa' la música, entonces nos juntamos en la casa dél... Ahí nos juntamos, no nos gusta ir a discoteques, qué se yo; no, no somos... cada uno sale por su lado, de repente, si quiere ir a la discoteque, pero de salir juntos nosotros, no; porque no, nos gusta compartir, más aún conversar, tomarse un traguito, no sé poh... Mi primo Javier es súper tranquilo, vive con la mamá, mi tía, y ahí nos juntamos; pero tranquilos no má, ningún, ningún atao, nada de eso; nada de boche, qué se yo, nada... Bueno, con mi primo nos juntamos, y más que amigos somos como hermanos; o sea, una relación súper bonita que tenemos todos los chiquillos. Somos como 10 o 15 que nos juntamos siempre. Y, bueno, nos juntamos puros hombres más que nada, porque las chiquillas son... todas se han casado ¡qué sé yo! No, no, no nos juntamos con chiquillas; bueno... no es necesario juntarse aquí; nos juntamos afuera con chiquillas, pero más que nada nosotros somos el grupo, somos nosotros... ¡buena onda! Casi todos mis amigos trabajan; mi primo trabaja en Apex, el Iván en, en la Apex y también en Tradelco; casi todos trabajan... Nos juntamos en la noche, a partir de las nueve y media hasta como la una nos juntamos... Todos llegan aquí y dicen: '¡Ya! ¿qué vamos a hacer hoy día? ¿Salir p'afuera? ¡No!, no salgamos. Ya, poh, compremos algo y nos quedamos aquí'. Y nos quedamos, poh, y si hay un programa bueno veímos tele tomándonos un trago o escuchando música no má. Y nada más. Finalmente, el sábado se sale con la polola... Los días domingo se amanece con la caña de repente y se juntan como a las tres de la tarde y '¡ya, hagamos una pichanguita!' Y vamos haciendo la famosa pichanga... y ahí nos entretenimos, poh.

También hay grupos de mujeres —con centro asimismo en dúos o tríos de primas—, que tienden a desarrollar actividades diferentes a los grupos masculinos. Si como grupo llegan a relacionarse con hombres, lo hacen con niños; casi en actitud maternal:

—Acá los hombres juegan a la pelota —cuentan las hijas de la familia Martínez Venegas, de Las Tranqueras—, nosotras a veces vamos a la multicancha a patinar; a veces vamos a la plaza, hacemos hartas cosas. Los hombres y los niños más chicos tienen un club; las niñas hacemos folklore: viene un tío de la Casa de la Cultura... se hacen clases de cueca, bailamos, practicamos nuevos pasos, cosas así... Después hay que mostrar los pasos en fiestas patrias... Los niños chicos de aquí bailan bien, lo que pasa es que les falta una persona que los pula algo. Van a salir buenos bailarines.

Las relaciones mixtas se tejen por fuera de los grupos. El pololeo se realiza con niñas de otra parte (o niños de otro lado) y de preferencia el fin de semana. Como si se tratara de una forma especial, singular, de asociación, emparejamiento o red, que necesita de tiempos y espacios propios y

de un régimen de funcionamiento semi-clandestino. ¿A qué se debe que el pololeo no se ambiente bien dentro de los grupos juveniles de la calle o del club? Al parecer, por la crítica moral del vecindario, que es más virulenta respecto al quehacer interno de los grupos mixtos que sobre el emparejamiento al margen de los grupos. Tal es la razón por la que las niñas, a menudo, se retiran del grupo alegando que están siendo presionadas por sus padres o vecinos. Es lo que le ocurrió a Cristián, cuando organizó un club para jóvenes de ambos sexos en la población Las Tranqueras:

—Y de ahí empecé a juntar chiquillos... empezamos a hacer un campeonato de baby-fútbol... El campeonato estuvo bueno y se hizo plata... Pero las señoras empezaron a decirles a los cabros que jugaban aquí que este era un antro de puterío y que las mujeres venían a puro... pa' qué le digo más. Así que las mamás empezaron a prohibir que vinieran las chiquillas. Un día llegó una chiquilla y me dijo que no iba a poder venir porque pasa esto y esto...

El pololeo, por tanto, debe recluirse en un espacio y un tiempo distintos al de los grupos; como si tuviera algún tipo o grado de incompatibilidad con la vida de grupo. Es lo que insinúa Luis Muñoz, de la población Dintrans:

—Todo es una etapa. Tú participas; cuando tú participas en un centro juvenil, te enamoras; cuando te enamoras, pololeas y le das más importancia a tu polola y dejas el centro juvenil. Es como un proceso. En esa etapa están, yo cacho, del pololeo, de vestirse bien, de no tratar de hacer tanto el ridículo. Yo creo que ahora están en ese proceso, de la onda del pololeo, de los celos; un rollo que de repente es también de jóvenes. Pero yo creo que quemando esa etapa se pueden volver a reunir. Eso.

Si el pololeo puede —y a veces 'debe'— desarrollarse en un espacio y tiempo exclusivos (lo que debilita la vida de grupo), el paso de la enseñanza primaria 'barrial' a la enseñanza media del 'centro' o de la 'ciudad' implica también, por su parte, otra forma de debilitamiento grupal, por el hecho de que el o la adolescente abandona, cambia o aumenta su red de amigos. Esto, a su vez, trae consigo, casi siempre, un cambio en la definición de los valores e identidades construidas en el ámbito barrial de esa red. Obsérvese lo anterior en el testimonio de Cecilia Cid, 16 años, de la población Ladera del Río, Sector Sur:

—Con mis compañeros seguimos viéndonos, pero todos hemos cambiado: tenemos amistades en el otro colegio; no sé: estamos como madurando... De chicos casi todos vivíamos acá, éramos vecinos y así pasábamos el tiempo juntos, jugando aquí en las calles. Nos juntábamos en algunas casas, creo yo, cuando teníamos que hacer los trabajos... Estoy en un colegio de puras mujeres... Es como raro empezar todo de nuevo, pero ahora que estoy en Tercero Medio, me siento bien. Estoy ahora estudiando Peluquería y Cosmetología... No me gustaba eso, me gustaba el Comercial y la Técnica... Mis papás querían que yo estudiara Peluquería... La relación con mis papás es súper buena, es que soy hija única. Pero de repente igual es fome, porque como que te cuidan mucho, que no podís salir p'allá, tenís que estar siempre acompañada... Mi barrio es súper tranquilo: es como campo. Andan súper

pocas personas y la que más mete boche soy yo, donde prendo la radio a todo volumen, pero igual no les molesta a los vecinos porque las casas están bien separadas y no hay ruido; nunca hay peleas, nada de eso. Así es que es súper aburrido, lo único que se escucha es donde el viento suena y los pájaros cantan, y los perros... Con mi familia somos bien unidos, la mayoría vive cerca, aquí hay cuatro casas de familia... Tengo una prima de 20, de 22 y de 15; con ellas son las que salgo... Ellas son mis amigas, porque paso todo el tiempo con ellas, desde el tiempo del colegio... Salgo en la noche una vez a las quinientas. Es que adonde yo vivo es muy oscuro, hay que pasar la canal y es muy oscuro. Y si salgo, siempre voy donde mi familia; como después me van a dejar mis primas... A los jóvenes de aquí los encuentro muy estravertidos; será porque a mí me enseñaron a ser señorita muy ordenada; los encuentro locos para la edad que tienen. En la noche del sábado se ven muchos cabros por aquí; en la semana no se ve tanto... No tengo pololo: me lo quitó una compañera del colegio... Mi colegio es de puras mujeres, pero nos juntamos con el Industrial, porque ellos son puros varones, entonces nos juntamos para los aniversarios.

Es evidente que los grupos de esquina que *permanecen* son los que están constituidos, o sólo por lazos parentales (como el grupo de primas de Cecilia) o por jóvenes que trabajan y se quedan en la casa de los padres (caso del grupo de Rodrigo), o bien por adolescentes y jóvenes que *no* siguieron estudiando *ni* lograron instalarse en un empleo conveniente y que, por tanto, deben resolver el problema de qué hacer con el 'tiempo desocupado' (resultante) dentro del *mismo* espacio en el que jugaron cuando eran niños. Y a la vista *todavía* de sus padres, profesores y vecinos.

90

—La comunidad de aquí pienso que podría ser mejor —dice María Jara, 17 años, de la Villa Las Rosas, quien trabaja para financiar sus estudios de enseñanza media— si hubiera ayuda de afuera, si hubiera más apoyo a la juventud, que es el futuro del país, ¿no es cierto?, podría ser mucho mejor. Por ejemplo, podrían hacer proyectos de campeonato en deportes: fútbol, vóleibol, cosas así; o hacer proyectos de manualidades para varones tanto como para damas y hacer cursos y enseñar cosas; cosa que uno ocupe el tiempo de uno en cosas positivas. A la mayoría de los jóvenes los mandan a trabajar a temprana edad; entonces no pueden terminar sus estudios. Yo encuentro a algunos jóvenes inseguros y a otros no, es que depende del apoyo que les den en la casa. Y es con los amigos no más que van adquiriendo la seguridad. Las familias del sector tienen problemas, y por eso que se preocupan más que nada de solucionar sus problemas y dejan de lado a sus hijos, y así la mayoría se cría solo aquí... Pero, lamentablemente, los alumnos vienen, llegan hasta octavo y después les da lata seguir estudiando: prefieren trabajar porque así, según ellos, se independizan más pronto, tienen más plata.

El tiempo desocupado —para los 'cabros jóvenes' que tienen que quedarse en la esquina— se convierte, pues, en un problema serio y a la vez en la necesidad de extraer el máximo provecho de las relaciones de amistad y de red que se tejen en y desde los grupos de esquina ("es con los amigos no más que van adquiriendo la seguridad"). Los grupos infantiles de juego y de entretenimiento pueden dar paso, así, a grupos de adolescentes tensionados por las dudas y por fuertes dilemas y compulsiones, los que, de un lado,

fortalecen su amistad interna, mientras, de otro, levantan las sospechas y críticas de la comunidad local. El análisis que hizo el Grupo Juvenil (mixto) Vijuba sobre el tema de la amistad y del tiempo desocupado es especialmente claro sobre este punto.

—La principal motivación que nos mantiene unidos es la amistad. O sea: puede ser, por una parte, la amistad; otros pueden tomarlo por el sentido de que no quieren estar solos, que quieren salir a la calle y no estar en su casa, porque a uno no le gusta estar en la casa; pero no sé, pa' mí un motivo es pa' no estar sola. O sea: igual de repente necesito soledad, pero... o sea, yo salgo de repente pa' estar con mis amigos, saber cómo les ha ido, en qué están pasándolo mal. O sea: conversar con ellos, pero no sé a los demás qué los motiva...

—El espacio de amistad que yo tenía vacío, de repente, si se puede llamar así, lo llenaron pero caleta, poh. Llenaron ese vacío y pa' mí ahora son; o sea, son realmente amigos. Igual disfruto caleta estar aquí; o sea: me gusta estar mucho más acá que allá. Me gusta la Villa pero caleta... Estaba solo, poh; después conocí a la Paola y al Jota en un seminario de la droga, fueron los primeros que conocí. Después comencé a venir a la casa de la Paola ('y te pasaron al inventario de la casa!') y ahí empecé a conocer a los otros...

¿En qué consiste esa amistad? ¿Qué se gana estando en grupo y qué no se gana estando, 'solo', en casa? ¿En qué medida y de qué modo el grupo aporta a que cada uno vaya "adquiriendo seguridad"?

—Y estamos hablando verdades —dice otra de los miembros del grupo Vijuba—; no, pero ustedes me hicieron cambiar caleta: los amo a todos... O sea, en gran parte tú de repente cambiai; o sea: hablo todo en términos generales. Por ejemplo, la Paola es una amiga que, aunque esté achacada o como esté, los escucha a todos, a todos, los escucha a todos. El Jota es un compadre que nos hace reír; cuando anda con ganas, hace reír a cualquiera. La Carmen Julia es una amiga que pone las críticas como son: si uno está mal, ella te dice 'estai mal', y pa' mí de repente eso también es amistad; pa' mí la amistad no es el que te está diciendo: 'estai bien'. Porque la Carmen Julia me ha puesto críticas y críticas buenas y me han servido de hartó. Cuando yo necesité que me dijeran 'estai mal'; o sea, 'piensa en ti misma', entró la Carmen Julia y me lo dijo. La Paola me escuchó y el Jota me ayudó...

—Bueno, yo creo que a mí me ha cambiado, poco, pero me ha cambiado. Igual a mí, aquí, varios me han cambiado la vida. La Jimena ha hecho hartó por mí, igual que el José Luis. A la Paola la conocí en el aniversario de la Villa; igual me supe relacionar con ella; igual tuvimos un poco de conflicto por diversos motivos con la Pamela, que después se conversaron y se solucionaron: conversando. Conversando se arregló todo y aquí estoy, participando en este grupito.

—Yo pienso que entre nosotros no más, entre nosotros nos ayudamos. Nos damos cuenta de la sociedad en que estamos viviendo; nos da más fuerza para seguir juntos, porque cada día vemos cosas y nos damos cuenta que estamos bien, que juntos estamos bien; o sea, yo puedo cambiar solo y de repente puedo cambiar pa' mal y nadie me va a decir nada; o sea, no me voy a dar cuenta, pero con los chiquillos, de repente... puedo estar cambiando pa' mal como toda persona lo puede hacer, pero ellos me lo van a hacer saber, yo sé que me lo van a hacer saber...

El aporte del grupo a la “seguridad” de cada cual y a que el proceso de “cambio personal” se haga con arreglo a la opinión colectiva de los mismos jóvenes, hace que el ‘tiempo desocupado’ gastado en la vida de grupo adquiera una valoración estratégica, superior, que subordina el valor relativo de los ‘otros tiempos’. El tiempo grupal se convierte en un imán en torno al cual gira casi todo el proceso de maduración social, cultural y cívica de los jóvenes esquineros de la población:

—Todos de repente tienen un concepto del tiempo libre —dice uno de los jóvenes del Vijuba—: que tiempo libre es el que uno pasa en la casa acostado viendo tele. Ese, pa’ nosotros, es tiempo descansado; o sea: tiempo perdido. No es tiempo libre. Pa’ nosotros, el tiempo libre es cuando uno está realizando una actividad que uno quiere. Nosotros en el tiempo libre vamos al Hogar de Menores; ése pa’ nosotros es tiempo libre; o sea: tiempo que utilizamos p’hacer lo que nosotros queremos. Estar en la casa, pa’ nosotros, es tiempo perdido, tiempo descansado...

Tiempo libre es tiempo joven; es decir: tiempo de amistad, tiempo de cambio, tiempo “p’hacer lo que queremos”. El tiempo de la casa ya no es tiempo ni juvenil ni de libertad, sino de descanso o bien de soledad: es un tiempo que, en lógica juvenil, es tiempo de retroceso, un tiempo todavía paterno que, en cierto modo, es equivalente a un tiempo perdido.

—O sea: no tanto —acota otro miembro del grupo—, porque igual tení que estar en tu casa; yo pienso que si estai en tu casa tení que tener una buena relación con tus papás. Pero, por ser, hay papás que son súper cerrados y no hablan nunca un tema con los hijos... Aquí mismo hay algunos que fuman sin permiso, como el Pipe...

92

El rol estratégico del “tiempo libre” gastado en el grupo —que permite el desarrollo o el cambio adecuado de cada cual— es un valor que determina la ‘permanencia’ del grupo, pero también la necesidad de contar con uno o más ‘espacios’ para desenvolver plenamente todo el potencial de ese tiempo. Si el tiempo libre es —como dicen los miembros del Vijuba— un tiempo *dinámico*, de conversación, crítica, cambio y desarrollo, entonces el grupo difícilmente perseverará en repetir el mismo ritual de juntarse en las esquinas para conversar lo mismo de siempre. Porque, si el grupo llega a un consenso identitario interior, lo más probable es que decida ‘hacer’ cosas, ocupar otros espacios, ‘moverse’ en distintas direcciones. La percepción de una identidad grupal autoconstruida es una percepción asertiva, que induce a ‘hacer algo’ con ella. Si un grupo llega a percibirse de ese modo, necesitará, por eso, muy pronto, entrar en *acción* como grupo; de lo contrario, tenderá a debilitarse.

—A mí, no sé, poh —señala un joven del Vijuba—, el grupo me ha servido pa’ salir de... ; o sea: aparte de que antes nos juntábamos todos los días en la calle y éramos dos grupos aparte... estábamos los de El Lingue y ustedes. No sé, poh: nos reuníamos y lo pasábamos bien; nos reíamos. Venirme p’acá me sirvió pa’ cambiar de tema, porque ya entre nosotros ya estábamos dando vueltas en lo mismo y ya nos estábamos aburriendo, y eso de pararnos en la misma esquina... aunque después nos íbamos a los juegos, al Guayacán... Todos los días era el

mismo comentario: ‘¡Ah, vamos a ir a los juegos!’, y nos cagábamos de la risa: ¡a los juegos de nuevo!

Los grupos pueden tener, pues, no sólo distintas identidades, sino también niveles distintos de satisfacción con la identidad que han logrado construir. Y ello parece depender del tipo de acción o movida que el grupo haya decidido hacer; lo que a su vez depende de su composición interna: si es mixto o no, o si está compuesto de estudiantes, o trabajadores, o semi-cesantes. En una misma población o sector puede haber, por lo tanto, una gran diversidad de grupos, que, incluso, pueden desarrollar conflictos entre sí y rivalidades con distinto grados de virulencia.

—Aquí en la Villa —dice una niña del Vijuba— se usa mucho el asunto de los grupos en la esquina. Sí: hay caleta, hay miles de grupos. Y no hay mucha conexión con nosotros porque hay muchas rivalidades. Hay diferencias de pensamiento; o sea: unos andan en una onda y otros en otra, entonces tú no podís llegar y meterte en esa onda porque, o no te aceptan, o no va contigo. Por ejemplo, los del Ebano son todos así, onda cuiquitos: los chicos de las flores, los chicos squeit y onda así; y los de más allá son los más tueritos, los de: ‘¡oye, huevón, ven p’acá!’, como los más picantes ¿cachai?; entonces siempre hay diferencias en todas partes ¿cachai?, siempre igual, igual. Yo, por ejemplo, yo antes me juntaba caleta con ellos, pero después dejé de salir; o sea: como que me enclaustré, me convertí en ‘Sor Pamela’; dejé de salir por hartito tiempo... Entonces igual como que me dio lata y a mí me gusta participar, me gusta ser activa; yo hago cualquier cuestión, participo por todas partes... No sé, pero igual aquí la relación es súper rica, aquí es súper rico. Me encanta.

93

Los jóvenes se cambian de grupo, probablemente, no cuando el grupo está en el *proceso* de hallar su consenso e identidad (que es un proceso conversacional), sino cuando se *define* su estilo de acción y “participación”, que es lo que parece diferenciar un grupo de otro. La fase de “participación” implica tener objetivos claros para la acción y valores explícitos que orienten el cambio conductual de los jóvenes. Algunos grupos no logran definir objetivos accionales claros, y tienden a repetir rutinariamente actividades puramente recreativas, de pasatiempo, lo que los debilita y desintegra. Otros definen objetivos comunes que expresan, sólo, frustración y carga agresiva, lo cual los torna vecinalmente criticables y policialmente sospechosos. Y otros, en fin, habiendo encontrado para sí mismos una identidad positiva, deciden actuar dando su apoyo solidario a la comunidad, para resolver alguno de los problemas locales; de preferencia, el problema planteado por los “cabros chicos”. Pero todos ellos, cualquiera sea su objetivo conductual, necesitan moverse, expandir su espacio esquinero, o buscar un espacio propio más adecuado para concentrar y desarrollar el tipo de quehacer que han definido. Y así todos, sin excepción, terminan trenzados en una perpetua confrontación con la población adulta del barrio (“los viejos”) por la cuestión del espacio.

El espacio *de fuera de la casa*, en una villa o población popular, no abunda, y si existe, es un contaminado sitio eriaz, o una esquina abierta a los cuatro vientos, ambos inadecuados para todo grupo que decida planifi-

car y realizar actividades que son de crucial importancia para sí mismo, y que usualmente no quieren exponer a la inspección y represión de los padres, la Junta de Vecinos, y/o de la policía. Se desarrolla, así, una disputa local por el ‘espacio específico de los jóvenes’. La disputa se centra en el uso de la sede social (que controla la Junta de Vecinos); en la existencia o no de una cancha apropiada; en el diseño y uso que se dé a una plaza o área verde del sector; o en la existencia o no de un centro cultural específico para jóvenes. Disputa que suele definirse y tratarse como si fuera sólo un problema de “equipamiento urbano” que debe ser cuidado y mantenido, y no un problema social más complejo; inadecuación que se manifiesta a menudo en que, por ejemplo, si efectivamente hay equipamiento urbano apropiado, igual no se resuelve el problema de fondo, que es el bloqueo educativo y laboral de la mayoría de los jóvenes pobladores. Y así se llega al desuso o al mal uso del dicho equipamiento. La disputa se eterniza.

94

—Los jóvenes, a lo mejor —cuenta Luis Muñoz—, no querían esta plaza donde estamos sentados: querían una cancha. Y no: hicieron la plaza. Si no hay espacio para entretenerse ¿qué espera la gente de los jóvenes? O sea, ¿cómo boto yo mis energías? Yo no soy malo, pero quiero copetear, y cuando copeteo, me desahogo, grito y canto. Boto mi energía, quiero quedar agotado, quiero pasarlo bien, quiero disfrutar cada momento de cada tiempo, cada momento de mi vida. Yo creo que la gente adulta no entiende eso. Ellos quieren un espacio tranquilo y por eso hacen plazas para ir a sentarse, porque están cansados, quieren estar tranquilos los viejos; pero los jóvenes somos activos y somos bulliciosos. ¿Y adónde matamos nuestras penas, sino en una esquina, si no tenemos espacio? Yo digo sinceramente: nadie nos preguntó si nosotros queríamos una multicancha. Y nosotros teníamos la posibilidad de haber hecho una multicancha en este espacio. Aquí, en esta población, no hay juegos ni multicancha. Es eso. Yo creo que los viejos se quejan por una cuestión de que ellos quieren estar cómodos, pero yo creo que si nos hubiesen preguntado a los jóvenes qué queremos nosotros... Y cacha el uso de esta sede, que se supone que es la mejor que hay en Rancagua: no tiene uso. Porque yo recuerdo que cuando nosotros empezamos a ocupar la sede, era para NO ENTRAR. ¿Sabes por qué? Porque era una cuestión de que si uno ensuciaba ahí, los viejos iban a pelear igual. Y los jóvenes querían tener ‘su’ espacio, y ya no quieren tener una cuestión así: pintada de blanco. Necesitamos una cosa que sea más colorida, que sea más viva...

Los “viejos”, por su parte, dicen comprender el problema del espacio, pero, aparentemente, consideran que hay otras cosas que son de mayor importancia para el desarrollo de la población. Es lo que explica don Manuel Soto, presidente de la Junta de Vecinos de la población 5 de Octubre:

—Mira, al comienzo no se veía esto de los vicios, porque además los chiquillos eran más chicos; han pasado cinco años y no podemos presentarles cosas a los cabros en este sentido porque siempre a los cabros les hablamos de deporte y ellos lo simbolizan con un balón..., ya sea fútbol o básquetbol... pero no hay un espacio, una multicancha, porque ahí los tendríamos en actividad. Aquí en la sede se han hecho cosas para los niños, pero nos falta espacio para los jóvenes. Queda cerca el complejo deportivo Patricio Mekis, que a veces nos facilitan; pero los chiquillos quieren tener un espacio para ellos, pero yo no me preocupé

mucho de eso, sino de darle más vida a la población... A lo mejor no hay mucha claridad para trabajar e ir fomentando esto... la Junta de Vecinos lucha por las cosas sociales y esto es lo más normal, pasa en todas partes.

La ausencia de espacios para jóvenes impide que los grupos de esquina ‘institucionalicen’ las acciones destinadas a “botar la energía” o a realizar los objetivos identitarios que ellos mismos han definido. La mayoría de sus actividades, por tanto, tienden a realizarse en la calle, a plena luz y paciencia públicas; o bien, a dispersarse en espacios marginales, en escondrijos periféricos y en la noche.

—La Villa Baquedano tiene ya trece años —dice un joven del Vijuba— y no tiene multicancha; tenemos que jugar en la calle... Los vecinos, ningún atado, pero igual la juventud se pierde: hay unos grupitos que se juntan, mucho copete y todo eso, no sé, pero yo... nosotros, dijimos: ‘¡ya, ayudémoslos!’ Pero uno no sabe cómo ayudarlos, porque uno no tiene realmente la llegada: no nos van a pescar. Como son mayores que nosotros, como que no se meten; son mayores, entonces, cuesta... No, y no solamente mayores, de repente yo cacho los niñitos de los muelles: p’allá son todos cabritos chicos, de repente sentados ahí en el potrero tomando botellas de vino en cajitas. Son chicos, igual uno podría ayudarlos, sacarlos de eso; de lo que ellos ya no pueden salir...

—¿Y la multicancha? ¿Cuántos años esperando? Yo digo, ‘¡chuta!, si la tiene la Irene Frei y nosotros, la Villa Baquedano, no tiene!’... Pero uno siente envidia porque vas a cualquier población y tienen su multicancha. Entonces aquí ¿ahónde jugar? ¡En ninguna parte!

95

La crisis económico-social que estalla a nivel de los padres se conecta con el bloqueo educacional y laboral de los hijos, y termina multiplicando los grupos de las esquinas. El doble estallido de la crisis lanza a los jóvenes fuera de la casa, a buscar en su amistad recíproca los valores y la identidad que no han encontrado ni en la Casa, ni en la Educación Superior, ni en el Mercado, y así darse, entre los mismos jóvenes, cuando menos, algo de seguridad. Allí afuera, con identidades distintas y diversas formas de acción, los jóvenes producen no sólo amistad, sino también identidad y acción, pero tropezando con la necesidad urgente (que puede transformarse en ‘otra’ frustración) de tener acceso a un espacio propio, exclusivo, el que ya no puede ni debe coincidir —por la misma doble crisis— ni con el espacio casero (que contiene la crisis de los “viejos”), ni con los espacios institucionales (que contienen la crisis global que los excluye). ¿Cómo es o puede ser ese espacio propio? ¿Será suficiente una multicancha? ¿Bastará con una sede propia, pintada de colores vivos? ¿Tiene que ver sólo con un “equipamiento urbano” diseñado especialmente para esos jóvenes que, en su mayoría, no pueden seguir estudiando ni salir con un empleo adecuado de la población o villa en la que han vivido desde niños?

Como quiera que en definitiva se resuelva el problema del ‘espacio propio’, los jóvenes entienden que, en todo caso, la cuestión clave consiste en lo que ellos mismos puedan hacer en términos de “participación”. Es decir: respecto a qué uso dar a la amistad esencial que han logrado construir al interior de sus múltiples y diversos grupos y redes.

Participación juvenil: de la “onda show” a la “onda comunal”

‘Participar’, para los jóvenes pobladores, es, pues, actuar como grupo en relación a objetivos que ellos mismos definen (“lo que nosotros queremos hacer”). ‘Participar’ es también, por eso, desenvolver colectivamente una identidad social y cultural de creación y sello propios: autónoma, libremente construida. Pero la participación en el libre quehacer de un grupo no es algo privativo ‘del’ grupo, pues un o una joven puede, en tanto que sujeto e individuo, desarrollar una ‘personalidad participativa’ precisamente por haber pertenecido a un grupo; de modo que, si se retira del grupo, puede seguir siendo una persona participativa. Como dijo Pamela, del grupo Vijuba: “Yo hago cualquier cuestión: participo por todas partes”. Los grupos juveniles son, en este sentido, genuinas *escuelas barriales de participación social*; redes productoras de valores colectivos. Estas redes o ‘escuelas’ son sistemáticamente preferidas por los jóvenes, porque la sociedad global, ni a través de la Casa, ni a través de la Escuela, ni del Estado, ni del Mercado, les ofrece o enseña a ‘participar’; sino al contrario, ya que —al decir de los cabros jóvenes— esas entidades son, en realidad, escuelas de exclusión e individuación más que otra cosa. O sea: son virtuales fábricas de soledad.

96

Cabe hacer notar que las ‘escuelas barriales de participación’ han surgido y siguen surgiendo precisamente como resultado de la acción corrosiva de las ‘fábricas de soledad’. La ‘participación’ de que hablan los jóvenes se construye *sobre* la exclusión, la soledad y la individuación acumuladas por esas fábricas. Su lógica social e histórica es, por eso, radicalmente contradictoria con la lógica sistémica que bloquea el desarrollo educacional y laboral de los jóvenes pobladores. No son compatibles. El sentido de la participación juvenil así lo indica, ya que se orienta, principalmente, a participar en acciones solidarias dirigidas ‘contra’ la crisis provocada por el sistema central. Esto es evidente en la universal tendencia de los ‘cabros jóvenes’ a adoptar, proteger y fraternizar con los ‘cabros chicos’, o con otros ‘cabros jóvenes’. Véase esto en los testimonios que siguen:

—Lo que me motiva —dice Cristián, de Las Tranqueras— para estar con los cabros es hacer lo que no hicieron conmigo. Yo pude ser abogado, otro tipo de persona, pero no tuve los medios para hacerlo; pero cuando hay que tomar un libro, lo hago. Me han ofrecido cursos, pero a mí no me gustan esas cosas... Con el grupo queremos trabajar para una sede propia, juntar fondos para comprar un video, pasar películas o diapositivas de la poda, de la carpintería, ir viendo con ellos qué es lo que más les interesa...

Hacer lo que no hicieron conmigo. Es decir: revertir, dar vuelta, poner en positivo lo negativo, ir contra la corriente del sistema global. Tornar valórico lo que niega los valores. Esta es la gran utopía juvenil de cierto tipo de grupos.

—Yo siempre participo en cosas que me llaman la atención —dice María Jara, de Villa Las Rosas—, me gusta todo lo que tiene que ver con niños chicos, prepararlos para que sepan quién es Dios... también participé en el Encuentro Continental de Jóvenes... Aquí éramos nosotras mis-

mas las jóvenes quienes nos organizamos sobre qué hacer y qué no hacer, entonces nosotras ya estamos preparadas para hacer alguna actividad, para mejorar; todo eso...

—Lo primero que yo hice fue formar un club —cuenta Rodrigo, 22 años, Villa Baquedano—, en aquel entonces con puros niños de mi edad; en realidad eran más chicos que yo. Yo era el más grande y formé todo el asunto. Trabajábamos hartos, organizábamos eventos, actividades, veladas. Recuerdo que hacíamos con los niños del pasaje todo eso y la gente ahí se unió bastante; compartían mucho. Había una buena onda en aquel momento...

—Lo concreto que nosotros hemos hecho —dice un joven del Vijuba— es... o sea: vamos a un Hogar de Menores, porque nos nació a nosotros ir; pero así nada más; o sea: igual nos faltan los fondos, igual; ahora estamos poniendo una cuota. Allá hacemos dinámicas de grupo, conversamos con los niños y uno se encariña con los niños. Al principio yo era reacio a ir a esas cosas: ‘¡Ay, qué onda! Vamos a ir al Hogar de Menores... ¡qué onda!’ Pero ahora los conocimos a todos, son súper cariñosos y a ellos les gusta que vamos. Igual nosotros estudiamos todos, pero igual tenemos un tiempo libre para estar con ellos, igual me gusta la idea a mí porque, no sé... son niños que les falta tanto cariño, no sé...

—Lo que pasa es que los jóvenes no se meten —tercia Carmen Gloria, del mismo grupo—; o sea: hay muchas cosas por hacer, muchas cosas donde ponerse efectivamente a hacer algo; entonces, si ellos no se ponen las pilas, ¿qué sacan? O sea: por último, vayan a un Hogar; o sea: yo también estoy yendo a un Hogar, como ‘anexa’ (o sea: no estoy metida en el grupo), y es rico de repente, o sea... uno obtiene muchas cosas de los niños y de repente nos dan lecciones morales. Entonces ¿por qué no meterse?

—Que tengan un grupo —dicen a coro las niñas del grupo Big-Back, de la Villa Baquedano—, eso hay que fomentarlo, y que todos los jóvenes que estén aquí participen en esto... que vengan a participar, a expresarse en esta casa, que se vengan para acá... A nosotras nos motivó los niños más que nada. Es que los niños de acá como que no están ahí con nada, entonces eso es lo que nosotras queremos: que no sea así... ¡chuta!, que digan: ‘el sábado tengo de tal hora a tal hora’, que creen un hábito y una responsabilidad, que no pasen tanto tiempo en la calle... Nosotras no hacemos clases de baile no más: además jugamos con ellos... Me siento súper contenta, muy orgullosa de mí misma, aparte de crearle una personalidad a los niños me estoy criando a mí misma, me estoy superando a mí misma. Ahora tengo como más ego, aparte de que los chicos a ti te quieren hartos, eres algo idealizado. Creo que es súper entrete, me siento feliz, es rico llegar aquí y que los chicos te digan: ‘tía, tía’, y también nos estamos creando un hábito de responsabilidad a nosotras mismas, porque nosotras tenemos que saber ir todos los sábados a una parte; que tiene que estar esto, que tiene que estar esto otro. Porque no es llegar y bailar... Hemos estado a punto de terminar, pero hemos pensado en todos los niños que nos idealizan; hemos pensado en ellos y de ahí nos llegan fuerzas de nuevo. Pensamos en los niñitos: ‘¡no, no!: ¡cómo los vamos a dejar, no podemos llegar y terminar y dejar a los niñitos botados; vamos a llegar hasta las últimas consecuencias!’... Pero hay cosas que te dicen algunos amigos de pesados no más, que ahora ya no son amigos; te dicen: ‘ridícula, agüeoná’. Pero igual yo cacho que todos los papás de los niños están contentos...

Las actividades de ‘participación’ ideadas por los jóvenes para “tener más ego” y para aliviar —si no resolver— la crisis social que afecta a su población, puede tener más o puede tener menos impacto masivo, lo que depende de la coyuntura histórica. Durante la década de los 80, las acciones juveniles fueron más masivas y de mayor impacto. Fue el período, quizás, en que las acciones de identidad promovidas por los grupos juveniles tuvieron una resonancia mayor dentro de la comunidad vecinal, en especial con lo que ellos mismos denominan “la onda show”.

—¡Ah, mi juventud (de los 80)! —exclama Luis Muñoz, de la población Dintrans—, parado en la esquina con una radio en el hombro, escuchando a Deep Purple, Led Zeppelin, AC/DC... No fue una juventud... así, como te dijera, mala onda. Fue una juventud sana que quiso probar cosas, quiso probar el copete, la marihuana. Teníamos actividades, por ser: habían centros juveniles donde hacían shows, actos; por ser: números artísticos donde habían doblajes, había humor, habían cantantes y en eso nos entreteníamos. En la Iglesia Católica había un centro donde se hacían shows. Pedro, Iván Droguett y el Chiro... ellos eran los mayores aquí y eran los que hacían los shows. Eran los que tenían más experiencia. Estaba la onda de Michael Jackson, la onda del Japening con Ja y se hacían doblajes de Pimpinela. Era como el '83, más o menos. La población tenía cantantes y de repente se conseguían números de afuera, traían números de afuera, amigos guitarristas, cosas así. Yo participaba, bailaba la onda del breik, toda esa onda... Se cerraba el pasaje y se cobraba la entrada, y la gente iba a entretenerse y a ver cómo pintábamos el mono y lo pasaban súper bien. Armábamos el escenario, conseguíamos un... todo salía de la población. La Iglesia nos facilitaba una sala y ahí ensayábamos. Hacíamos shows en el colegio, hablábamos con los profesores... O sea: estábamos ocupados, se hacían hartas cosas, matábamos el ocio. La motivación era de no aburrirse y hacer algo; de creerse, de soñar un poco, te digo yo. Yo quería actuar, todos queríamos actuar y soñábamos; o sea: en ese momento, cuando tú, en cualquier escenario, aunque fuera popular, te están mirando... eso ya es un sueño: tenís una importancia, tenís un rol, eres un escenario, te hacen verte necesario, tenís una identidad, tenís un grupo, una agrupación: eres servible a la comunidad. Cumplíamos un rol positivo en eso...

Rodrigo Gaete, 22 años, de la Villa Baquedano, es, en cierto modo, un hijo o vástago de la “onda show”: ahora está dedicado al canto, al teatro, a lo que él llama “la parte artística”. Casi profesionalmente (ha grabado tres cassettes y se encontraba, al momento de ser entrevistado, promocionando el último de ellos). Él también recuerda los tiempos de la “onda show”:

—Lo que ahora me da risa es que antes organizábamos todo tipo de actividades: hacíamos veladas aquí en el pasaje, cerrábamos el pasaje por los dos lados con carpas, tapábamos todo, nos conseguíamos escenarios, armábamos algo bien bonito y cobrábamos una entrada de ¡50 pesos! Eso era lo más cómico. Igual harta gente venía, harta gente apoyaba lo que hacíamos, porque éramos todos cabros chicos y eso me causa ahora bastante gracia: ¡a 50 pesos la entrada! No sé si me entiendes... O sea: cada cosa mala que haya, o cada cosa mala que te suceda, que te ocurre a ti, es como una experiencia para ver si debes mejorar tu vida o debes empeorar tu vida. Yo creo que las experiencias malas

deben enseñarte a ser mejor cada día. Yo creo que eso es lo... eso es lo principal... Mi filosofía de vida sería sufrir con paciencia cada uno de nuestros problemas y de esa experiencia se podrá lograr el éxito. Eso creo.

Es sabido que la mayor parte de la década de los 80 —sobre todo desde 1982— fue un período de crisis y represión, especialmente para los sectores poblacionales. ¿Fue la “onda show” una reacción juvenil tendiente a crear formas de participación que permitieran transformar —simbólicamente, o sea: “soñando”— lo negativo en positivo, las “experiencias malas” en factores de mejoramiento del ‘ser’ de cada poblador afectado? ¿Era una forma de demostrar ‘en grupo’ que se podía hacer lo contrario de lo que la sociedad estaba haciendo a ‘cada uno’ de los jóvenes? ¿Hasta qué punto la asociación juvenil en torno a la música, el baile y el ‘show artístico’ constituye una respuesta *motivacional* destinada a mantener intactas la sensibilidad, la identidad colectiva y la alegría de vivir en el centro de aquellas villas y poblaciones que estaban siendo el blanco preferido por la crisis? Después de todo ¿qué otra cosa realmente humana pueden hacer los jóvenes marginales que motivarse los unos a los otros y, junto con ello, motivar a los cabros chicos y a toda la comunidad?

La música y el arte, como prácticas grupales o comunales, son, tal vez, el mejor medio de mantener en alto la identidad, el sentido social de humanidad y la solidaridad, pese a que, como tales, no pueden resolver sustantivamente los problemas concretos de la exclusión y la marginalidad. Pueden despertar fuertes sentimientos, emociones y utopías de “éxito” identitario —como dice Rodrigo Gaete—, que, en momentos determinados, permiten *resistir* con dignidad la crisis que los corroe a todos. Pero estos éxitos identitarios son inyecciones de efecto breve, tan cortos e intensos como es la participación en un evento o show. Tras la “velada”, se retoma el tranco de la crisis. Podrán repetirse los eventos y las “tocatas” de inspiración juvenil, pero durarán lo que dura una “onda”; o lo que puede durar unido un grupo determinado. A la larga, el tiempo de la crisis es más persistente. Y prevalece. Véase la secuencia anterior en los testimonios juveniles que a continuación se anotan:

—Yo me dedico, por ejemplo, a la poesía —dice uno de los miembros del grupo Vijuba—; me dedico a la música. Me dedico en general al arte, y siempre tengo contacto con los músicos, con los poetas y con gente joven; entonces estoy en esa onda, siempre. Me gusta el rock clásico: Credence, Black Sabbath, Pink Floyd, Deep Purple, Led Zeppelin, Santana...

—Acá los cabros de los 80 se enamoraron —dice Luis Muñoz—, se casaron, le tomaron más importancia a su trabajo... Y hubo cesantía en la cuestión de crear espacios para los jóvenes, cesantía de actividades. Nos botaron la cancha, después el grupo murió. Entonces ¿qué hacemos? Los cabros se fueron al Centro Juvenil Antiguara, donde no eran amigos de la onda show: eran como más al ‘servicio de la comunidad’. Eran los años 90 más o menos y la cola de los 80... Nos tocó vivir tres etapas de esa experiencia: empezamos un grupo, hacíamos la limpieza de la población, después toda la gente hacía la limpieza; hacíamos también... ¿cómo se llama esa cuestión?... obras de caridad para un ‘Cen-

tro', y a la gente aquí le pedíamos colaboración en galletas, bebidas, cualquier cosa, y la gente daba y hacíamos obras benéficas. Después nos tocó trabajar en un carro alegórico... y ese año no ganamos por no llevar comparsas, disfraces y toda esa onda, solamente llevamos un mono parecido a la estatua de la libertad... Un año sacamos el primer lugar en el Estadio El Teniente. Los centros juveniles de entonces no establecían relaciones con la Municipalidad: era más que nada con la Iglesia...

—Trabajábamos hartito —dice Rodrigo—, organizábamos eventos, actividades, veladas. Recuerdo que hacíamos con los niños del pasaje todo eso y la gente ahí se unió bastante; compartíamos mucho. Había una buena onda en aquel momento, pero eso ya pasó; fue otra etapa. Ahora es diferente. Ahora se ve bastante delincuencia dentro de la Villa. Se ve bastante maltrato entre familiares...

De cualquier modo, la 'participación' grupal de los jóvenes, sea en la "onda show" típica de los 80, o en la "onda servicio a la comunidad" de comienzos de los 90, es un fenómeno que los jóvenes de los '50 o 60 no experimentaron. ¿Era porque entonces la crisis no los afectaba tanto o no del mismo modo? ¿Era porque entonces la Casa y la Escuela estaban mejor consolidadas, eran más atractivas e impedían que los cabros chicos y los cabros jóvenes se buscaran los unos a los otros —con ansiedad— en las calles y esquinas de la población? La aparentemente escasa experiencia juvenil 'participativa' de los papás y las mamás ha sido a menudo un obstáculo o un motivo de tensiones para la compulsión participativa de los jóvenes de hoy.

—No sé, es que... mira, yo vengo por las amistades que tengo y nada más —dice Carmen Gloria, del Vijuba—; no, no, igual es rico porque no toda la juventud tiene la posibilidad de tener un grupo. La juventud anterior (los más viejos, como la mamá de la Beba) siempre me dicen: '¡pucha! yo no viví estas cosas, yo no participé de estas cosas', porque los papás eran muy aprehensivos con ella y no la dejaban hacer nada. Tenían otra mentalidad. O sea: ahora como que los jóvenes se la juegan, o sea, hacen cosas. Como que tienen instinto de superarse; o sea, yo... mi hermano mayor me ha contado que... él siempre me dice que si en el tiempo en que él vivió en la Villa, si hubiese existido este grupo, no existiría tanto gallo marihuanero, o el borrachito o el mismo gallo delincuente, porque aquí ahora hay de todo. Pero éstas son las verdades...

—Me llamo Carmen, yo soy de San Fernando, pero onda que p'hacer cosas hay que moverse; o sea: no hay que esperar que la gente se dé cuenta que hay un grupo cuando la gente ve cosas hechas, cosas realizadas: ahí se empiezan a interesar; pero igual es penca, o sea, es muy difícil interesar a los mayores, porque generalmente tienen un concepto de grupo juvenil como de onda 'ya estos tontos están haciendo leseras'; siempre con la onda negativa, y cuesta mucho pa' una persona que tiene 18 años decirle a una de 21: '¿sabí? estamos haciendo esto', porque la otra responde: '¡ah, cállate!' Cuesta mucho, y de repente el apoyo de la gente y más que nada de la Muni y toda esa onda es muy, muy difícil; gastan plata en hacer tonteras... Igual que, siempre lo digo, les reprocho a los jóvenes (y no me reprocho a mí misma porque yo sé hacer cosas; o sea: yo he hecho cosas y estoy constantemente metida en hacer cosas) que hablan mucho pero no hacen nada...

—El otro día no más, cuando estaba en la calle, mi vieja me gritó: ‘¡Pamela, p’aentro!’, y yo: ‘¡ya voy, altiro!’ Así ¿cachai? no sé, porque yo nunca salgo a la calle, no sé, porque igual ahora me dijo... yo le dije que me iba a meter en una onda de teatro, me dijo: ‘No; estai en muchas cosas, no te vai a meter en esa cuestión ¡cuidadito conque sepa que te estai metiendo!’ Entonces igual como que me da lata. Y a mí me gusta participar, me gusta ser activa. Yo hago cualquier cuestión, participo por todas partes, o sea: estoy en la catedral, estoy metida en la pastoral de la escuela, ahora en esto... Entonces mi vieja como que le carga que esté metida en muchas cosas. No sé, pero igual aquí la relación es súper rica. Me encanta.

—A mí mi mamá me apoya que participe en cuestiones. Mi mamá, cuando chica, cuando tenía mi edad, nunca la dejaron participar. Mi mamá onda que de la casa al colegio y del colegio a la casa. A mi mamá igual le gusta, me apoya en las actividades. Igual los padres con ellos fueron súper estrictos; o sea: vivían la edad...

Al parecer, la participación definida por los grupos juveniles opera en ‘ondas’ que tienen una duración —tal vez— de ocho o diez años. Tanto como dura —tal vez— la vida identitaria y activa de un grupo determinado o una red de grupos. La ‘onda’ parece debilitarse y concluir, o bien por ‘envejecimiento’ de los jóvenes (los que, al casarse, trabajar o cambiarse se tornan menos ‘amistosos’ y participativos), o bien porque se modifica el carácter de la coyuntura histórica (paso de la dictadura a la democracia, por ejemplo) y obliga a realizar otro tipo de acción. La crisis social puede presentarse de diferentes formas y la amistad de los jóvenes, al adaptarse, tiende a cambiar el sentido de lo que es participación; así, una “nidada” puede ser muy distinta de la anterior y operar con otras reglas participativas, desorientando a los funcionarios del Municipio o del Gobierno.

—Es un tema complicado —confiesa Patricio Saavedra, funcionario municipal del Sector Poniente de Rancagua—; entonces hemos tratado de trabajar con los jóvenes que están organizados, porque los otros no te pescan... ¡no te pescan! Los cabros lisa y llanamente no van a entrar a una agrupación juvenil, porque no están ni ahí, poh; en cambio, los grupos que se han organizado tienen gente, ponte tú, de 13 o 14 años, que se van metiendo y creciendo con el grupo juvenil. No así con la gente mayor de 18 años. A esta gente le gusta salir a carretear, pegarse los carretes grosso, entonces no te van a pescar en una organización de jóvenes.

¿Cabe institucionalizar la ‘participación juvenil’? Parece claro que este tipo de participación —según lo anotado más arriba— cumple una función *motivacional* que es útil para los jóvenes y eventualmente para la comunidad, pero no parece claro que pueda y tenga que ser *eficiente* en la producción de objetivos (que es lo que se exige a las funciones estatales y municipales que tienen como fin o como medio utilizar la participación social). La participación juvenil responde a ‘ondas’ y no a ‘políticas públicas’ del Estado; emana directamente de la subjetivación y reciclaje de la crisis que hacen los mismos jóvenes, y es por ello que esa participación trabaja mal cuando se la quiere ‘derivar’ de una política sistémica. Los grupos juveniles parecen no existir para hacerse cargo de responsabilidad-

des o funcionalidades permanentes. Lo que sí pueden asumir es la labor de motivación tendiente a ‘resistir’ la crisis, o tendiente a promover un ‘cambio radical’ de la sociedad o del mundo. En este sentido, están más acá o más allá de la política, pero no coinciden ni en lógica, ni en motivación, ni en identidad con aquélla. Es lo que se observa en los testimonios insertos en el apartado siguiente.

La ideología del “estar ahí”: utopía y crítica

La multiplicación de los grupos de esquina y la notoria tendencia crítica de sus opiniones y acciones revela que esos grupos son, en lo esencial, subproducto de la crisis y no filiales orgánicas del sistema social dominante. Es el inconformismo y no el conformismo (que implica alineamiento con las políticas públicas) lo que constituye la identidad originaria de esos grupos. Y es por lo mismo que, en su sentir, la cuestión fundamental es realizar un cambio radical en la sociedad y no tratar de adaptar el individuo, de cualquier modo, a los avatares de la crisis. La amistad que los une no tiene por objeto auto-disciplinarse como ‘buenos ciudadanos’, sino ‘provocar’ cambios profundos, surgidos de la profundidad de sus sentimientos y expuestos en la utopía de sus actitudes.

—Sí, poh —dice un miembro del Vijuba—, yo cacho que pa’ eso estamos aquí, pa’ provocar un cambio. Chile necesita un cambio; igual por eso estamos en esa cuestión del proyecto y todo lo demás; que salga luego no más pa’ empezar con algo altiro...

—A mí lo que me gustaría —agrega Carmen Julia— es que este país naciera de nuevo; o sea: que todos nacióramos de nuevo. Siempre he pensado eso. Hoy estuve conversando con un amigo y le dije que me gustaría que naciera todo de nuevo; o sea: que fuera todo desde la creación, que partiera todo de nuevo, porque pienso que este país cada vez va más de mal en peor...

La crisis que ataca de padres a hijos en villas y poblaciones es suficientemente seria y total como para que los jóvenes sientan que ella no se puede resolver con políticas de parche, pues éstas, en el fondo, guardan complicidad con los factores que desencadenan esa crisis. Por ello, demuestran incredulidad hacia toda política que no plantee un “cambio” radical de la sociedad, que no conduzca a que el país “nazca de nuevo”. La *utopía* de la juventud popular deriva de su percepción de que la crisis se debe a ‘defectos de nacimiento’, y de la convicción de que, ante eso, la única solución es generar un ‘nuevo parto’. La utopía es radical en el sentido de que exige un cambio en los fundamentos, una ruptura en la matriz o burbuja originaria; es decir: en la ‘paternidad’ o ‘maternidad’ de los problemas globales que los aquejan.

—Yo tengo dos cosas que decir —dice una niña del Vijuba—: primero, me encantaría que, por ejemplo, mis utopías... un joven sin utopías no es un joven... me gustaría por ejemplo que se hiciera tal cosa, que los políticos se pusieran de tal manera... De hecho yo soy súper política p’al lado de la izquierda y me reconozco como izquierdista, los derechos humanos y toda esa onda... Y me quema Pinocho, y no puedo ver

a ese viejo porque fue un hombre terriblemente cruel y que hay gente aún desaparecida... Me encantaría que se hiciera justicia y que sea quien sea que caiga ¿cachai? Pero la gente no está ni ahí con nada, vive solamente en una burbuja de aire; mejor dicho, en su mundo. Y cuando tú les planteas abrir esa burbuja, se caen de espaldas, porque hay muchas cosas que no han vivido...

—Las autoridades no nos han ayudado mucho, por eso es que los viejos como que están como reacios a hacer cuestiones. Yo estuve una vez conversando con la presidenta de la Villa, con la Directiva, y todos, por ser... esta vereda que hicieron aquí, todos piensan que la hizo la Municipalidad y no, poh, la hizo la Villa. De la Villa salió la plata, igual que la de la plaza y la mantención...

—Generalmente ése es el concepto de los políticos: hablar, decir: ‘yo voy a hacer esto, voy a hacer esto otro’, y al final no hacen nada ¿cachai? No hacen nada, y por más que uno les discuta, dicen: ‘no, si tenemos en cuenta esta cuestión’...

—Esa vez fuimos a un Seminario, nos pidieron que habláramos y a nosotros nos tocó la prevención de drogas. Igual lo hicimos, pero hubieron cosas que a mí no me gustaron; por ser: trabajar con la Municipalidad, todo eso. Yo pienso que deberían darle un espacio a los jóvenes para que ellos se realizaran por sí mismos; si les piden la palabra a ellos, obviamente que tienen que respetarla... ¿Para qué nos piden que hablemos, si después están diciendo que cortemos? Igual el Vijuba se la jugó ese día; o sea: hablamos y hablamos sin pelos en la lengua; o sea: dijimos lo que nosotros pensamos...

Frente a la crisis, los jóvenes proclaman la autonomía de la acción juvenil (“dar un espacio para que se realicen ellos mismos”); dicha autonomía lleva necesariamente a que la acción político-profesional (o sea: de ‘los’ políticos) sea vista sólo como accesorio; tanto, que estiman que no es necesario siquiera informarse de ella.

—A mí la política... ¡no estoy ni ahí con la política! Por ser: ya tengo 18 años y no estoy ni ahí con inscribirme. Igual yo estoy consciente de lo que hizo Pinochet y igual no estoy ni ahí con ese viejo: ¡vale callampa!

—Yo lo que diría es... ¡libertad de expresión! ¡No a la censura! Y que este país no sea tan cartucho... ¡Eso!

La naturaleza de la utopía juvenil —que exige cambios radicales y no promesas incumplidas— parece incompatible con la política de los políticos. Esta parece estar centrada en mantener la ‘gobernabilidad’ de la sociedad —a como dé lugar—, mientras que la utopía juvenil parece estar centrada en la emancipación de los jóvenes y de la sociedad para que ambos, por sí mismos, desde sus espacios, provoquen los cambios necesarios. Para esta perspectiva sobran los políticos: no son necesarios. Sin embargo, la tarea que implica “realizar” esa utopía no es ni fácil ni pequeña.

—Yo dije que la sociedad te marginaba y que tú también marginabas a la sociedad en cierta forma, pero la sociedad (en parte) está abierta para que tú te integres y tú también estás abierto para integrar la sociedad en tu mundo, pero hay que saber hacerlo; o sea: unidos, buscando la tranquilidad en ti mismo. Pero, como decía la Carmen Julia, es difícil encontrar la tranquilidad aquí. Es súper difícil en este país. Es difícil porque es lo mismo que pasa acá en la Villa: hay diferentes grupos y

cada grupo lucha por lo que piensa y todos piensan que están bien... todos esos grupos se tienen que juntar y armar algo, caiga el que caiga, porque si no cae uno... Para tener un cambio hay que tener sacrificios, siempre. He dicho eso: el sacrificio de todos es ¿cachai? pasar, ir quemando las etapas y ir buscando nuevas etapas...

Es difícil “juntar los grupos y armar algo, caiga el que caiga”. Por ahora, es preciso, pues, ir quemando etapas. Y por el momento, lo más importante es “hablar sin pelos en la lengua” y asegurarse de que se está siendo escuchado:

—Y ojalá que de todo lo que hemos dicho —demanda uno de los miembros del Vijuba— no nos saquen nada. No nos censuren, como en los canales de TV; que salga todo, por favor. Si no, nos vamos a sentir mal, realmente, porque si nos dijeron que iba a salir todo... ¡que salga todo!

Ideología y práctica del “no estar ni ahí”

No todos los grupos ni todos los jóvenes responden a la crisis elaborando utopías y tratando de acomodar su conducta a ellas. Las diversas formas de responder a la crisis son, después de todo, autónomas, voluntarias, libres. La crítica al sistema puede ser esencialmente la misma, pero su forma puede variar. La emancipación reclamada por la juventud popular incluye todas las formas de respuesta. Roberto y Jano, de la Villa Baquedano, defienden la respuesta que ellos dan a la crisis. Su diálogo con los entrevistadores deja en evidencia la enorme anchura de la autonomía reclamada por la juventud frente a la presión global de que son objeto.

ROBERTO: —Yo vivo aquí de cuando tenía diez años.

JANO: —Yo no me acuerdo: de once o doce años, y ¿mi opinión de la Villa? No sé, porque era cabro chico, así que no creo que tuviera primera opinión...

ROBERTO: —A mí la Villa Baquedano al principio igual me gustaba porque igual me acuerdo que carreteaba harto acá... eh, igual le encontraba buena onda, pero eso era al principio...

JANO: —Los medios carretes, ¿ah?

ROBERTO: —Buenos carretes acá, o sea...

JANO: —Carretes pesados; aquí, aquí, en todo caso, nos pusimos alcohólicos, ¡ja! ¡ja!

ROBERTO: —De tomar y tomar, pero ¡la media manga! ¡Sin parar! Y igual lo pasábamos bien, poh ¿o no?

JANO: —Pegaos al techo, terrible de curaos ¡así! ¿Sobre los jóvenes de ahora? O sea... yo... ¿cachai? aplico esta filosofía ¿cachai?: onda que vivo y dejo vivir, así, piensen la güeá que quieran, hagan las güeás que quieran, pero hagan sus vidas y hay una pura puta vida...

ROBERTO: —Yo... sí, igual. Pero de repente igual conozco bien poco de los pendex...

JANO: —¿De los cabros chicos?

ROBERTO: —Sí, los cabros chicos. O sea: no cabros chicos, pero igual tienen menos edad que nosotros, a esa güeá me refiero, e igual, no sé poh, por lo menos pa' mi modo de ver las güeás no, no me gustan, no

me gusta tanto lo que es la taquilla, y por esa güeá no me junto con los otros de acá...

JANO: —Porque vivís tu mundo, no más...

ROBERTO: —Porque igual ellos piensan... ustedes piensan de otra manera que nosotros ¿cachai? O sea, el pensamiento que tienen ellos de repente de vivir ¿cachai? es muy diferente al de nosotros. Por esa güeá yo cacho que no, que no se conjugan mucho con nosotros... Y a mí los adultos de la Villa me caen mal...

JANO: —Sí, yo no me meto con ningún viejo, no estoy ni ahí...

ROBERTO: —A mí me caen mal; o sea... no, yo... como siempre, en todas las cosas igual hay excepciones ¿cachai?

JANO: —Excepciones, hay excepciones, pero igual lo que es el grueso de la gente, no, no... Tampoco son compatibles con la visión que tenemos nosotros de la puta vida, ¡ja! ¡ja!

ROBERTO: —No, no son compatibles, porque... no sé, mira, yo, para empezar, la gente aquí yo la encuentro entera sapa ¡en la más dura! ¡entera sapa!; o sea, no sé, a mí me da la impresión que como igual no tuvieran una güeá en qué ocuparse ¿cachai?, y se ocupan en... en meterse en la vida de los demás ¿cachai?, y esa güeá yo la detesto así y por esa güeá veo poco a la gente con la que estoy, por lo menos con la que converso ¿cachai?

JANO: —¿Sabí? ¿Te digo una cuestión? Nosotros aquí ¡la dura! no pasamos en esta güeá de Villa; y la otra cuestión, suponte, que cuando estamos, estamos sin... ¡puta!, a ver... de repente un fin de semana... Nosotros somos más de afuera ¿cachai?, somos más del 'centro', onda metido en la música, de repente ¡ya, concierto! y todo ese rollo ¿cachai?; por esa cuestión no pasamos mucho acá ¿cachai?

ROBERTO: —Nosotros ¿cachai? estudiamos ahora ¿cachai? y tenemos otro ambiente, otro tipo de gente...

JANO: —¡Otro ambiente! ¿Cachai? Cuando, suponte, yo me juntaba aquí cuando tenía más o menos, a ver... suponte, 17 años, 18, algo así... ¡Menos!: como 15 o 16, onda cuando estaba en el liceo, pasábamos acá ¿cachai?, pero ahora...

ROBERTO: —Teníamos la misma, o sea, la misma onda que la mayoría de los cabros de esa edad de aquí ¿cachai?, pero la diferencia...

JANO: —¡Que éramos reventados!

ROBERTO: —Con la diferencia que nosotros éramos reventados ¿cachai? y igual nos... nos vestíamos de negro, botas, toda la güeá y era... igual salíamos de lo común. En ese tiempo al... al vestirme así tú salíai de lo común...

JANO: —Por lo menos ahora ¿cachai? cuando nos ven con otros ojos '¡ah, este güeón es punki! ¡Este güeón es esto otro!'... Es una forma de vida ¿cachai? de nosotros ¿cachai?; suponte si ¿cachai? los demás quieren vivir como quieren, así, onda en casa y todo el rollo y el cuento ¿cachai?, la Villa feliz ¿ah?, todo bonito ¿cachai? es güeá de ellos, porque nosotros... por lo menos a mí... me da lo mismo. Yo vivo así no más ¿cachai? Yo vivo y de repente digo: 'vivo en Santiago', de repente estoy... ¡puta! vengo a puro cachar unas cuestiones ¿cachai?; otras veces no, como esta semana... ¡puta! toda esta semana estuve aquí ¿cachai?

ROBERTO: —La gente... deja decir una cosita, la gente yo cacho que vive mucho de acuerdo al... a lo superficial ¿cachai? Y ésa es la diferencia con

nosotros ¿cachai? Nosotros vamos de repente vamos más allá, más al por qué de las güeás ¿cachai?, desde... desde tener una opinión tonta ¿cachai? como tiene la gente, su opinión, que, de repente opinan sobre algo sin saber lo que es ¿cachai? y ésa es la principal güeá que yo cacho... Y nosotros igual, de repente, por esa misma güeá veímos... nos comportamos de otra forma...

JANO: —Siempre la sociedad ¿cachai? siempre va a tener una actitud ¿cachai? sobre los jóvenes, frente a todo ¿cachai? Pero el sistema ¿cachai? cuando te ve a ti onda todo chascón, o de repente de negro o de repente simplemente pensai ¿cachai?, de repente te poní a pensar ¡puta! y esta güeá ¿por qué? ¿cachai, güeón? y ¿por qué estos güeones están haciendo esto y por qué hay clases sociales? y güeás; por qué de repente hay caleta... ponte, hay caleta de güeás, pero... no sé, poh...

ROBERTO: —Nosotros ¿cachai?

JANO: —¡Me cago en Dios! ¡Ja, ja!

ROBERTO: —Nosotros estamos ¿cachai? ahora en otra, igual en otra, en otra etapa ya, pasando... Así, nos chantamos con la güeá del copete ¿cachai? y... bueno...

JANO: —¡Estamos en la etapa de la droga! ¡Ja, ja!

ROBERTO: —Fumamos marihuana: esa güeá sí ¡marihuana! y igual la pasamos bien...

JANO: —Somos como puntos negros pa' esta Villa... No, si esa güeá ¿cachai? es punto de vista de cada uno no más; si querís meterte en güeás ¿cachai? es güeá tuya. Si te gusta... pa' eso el tata Dios dijo: '¡libre albedrío!'

ROBERTO: —¡Libertad de decisión!

JANO: —¡Sí! Es güeá tuya dónde te vai a meter. Sabís que...

ROBERTO: —Eso sí, no te voy a discutir ¿cachai? que el ambiente, el ambiente igual influye ¿cachai?, el ambiente igual influye, pero...

JANO: —El pensamiento interior...

ROBERTO: —A nosotros no nos hubiese influido esa güeá, porque nosotros igual teníamos una güeá, una ideología ¿cachai? una ideología... pensábamos... ¿tú sabís lo que significa ideología? La güeá de la ideología ¿cachai?, esa güeá teníamos; entonces hubiese habido la putada que hubiese habido aquí, hubiésemos pensado lo mismo.

JANO: —¡La misma güeá! Estaríamos en la misma porque nosotros elegimos ser así ¿cachai?, ser así poh ¿ya? ¡Ese es todo el rollo! Cada uno elige no más. Y si ustedes tienen un grupo... ¡pura onda, poh!; o sea ¿cachai? si querís hacerlo, hácelo... Entonces hace güeás buenas, de repente... ¡cacha onda! podís conseguir pintura, de repente hacer un concierto... esa güeá ¿cachai? de galpón y güeás...

ROBERTO: —Te puedo decir una cosa... ¿Marlene te llamai? Te puedo decir esto: lo que tú querí hacer no es nada fácil; eso sí tenís que tener claro eso, porque ¿cachai? como está ahora lo que es la droga ¿cachai? y el carrete en general de la juventud... está pesá la güeá ¿cachai? y hay mucha droga en Chile, y está llegando y llegando más, más droga y toda esa güeá ¿cachai? No es que yo sea sapo ¿cachai?, pero vos cachai que así es la güeá... ¿Y te imaginai de repente que estís más grande y te fumís un güiro y te quede gustando, ah? ¡Ja, ja!

JANO: —Cada uno se forma, cada uno...

ROBERTO: —Lo que sí tenís que buscar una manera ¿cachai? porque, por ejemplo, las drogas no son todas iguales ¿cachai? Eso, tú, igual... ¡pa! ¡pa! Imagínate ¿cachai? nosotros fumamos marihuana ¿cachai?, pero la marihuana es... es la droga más blanda que hay ¿cachai?; o sea, droga ilegal, porque drogas legales igual hay otras más...

JANO: —Ahí tenís ¿cachai? la... las pastillas de las viejas, pa' que anden tranquilein John Wayne...

ROBERTO: —Pero hablando de drogas ilegales, ¡la marihuana! Los somníferos... ¡los somníferos igual son drogas, poh!

JANO: —Y el cafecito ¿ah?

ROBERTO: —¡El cafecito!

JANO: —Y el cigarro y el alcohol...

ROBERTO: —El cigarro y el... ¡el copete!

JANO: —El alcohol, la droga más barata, más rápida de encontrar... bueno, hasta aquí no más...

MARLENE: —No... bueno, o sea, me gustaría que ustedes cada uno me diera su opinión... eh, por ser, tú, Jano ¿qué opinas de ti mismo? O sea...

JANO: —Ya...

ROBERTO: —¡Contéstale poh, güeón!

JANO: —Es opinión personal no más, mía.

ROBERTO: —¡Pero contéstale!

MARLENE: —O sea: me puedes decir algo; o sea: no que me cuentes... no te estoy pidiendo aquí que tú me cuentes tu vida; o sea: ¿cómo te ves tú a ti mismo?

JANO: —Mi opinión personal de mí mismo es personal, así ¿ah? ¿Cachai?

MARLENE: —Pero cómo te ves tú a ti mismo.

JANO: —Me veo como el Jano... ¡ja,ja!

MARLENE: —No sé, pero dime algo, cómo te ves tú como persona, como joven.

JANO: —¡Ah, no sé! ¡Esas güeás son personales! ¡Me odio, cachai, yo mismo! ¿Qué onda está güeá? ¿Es psiquiatría?

MARLENE: —Y tú, Roberto, ¿cómo te ves a ti mismo?

ROBERTO: —Igual la pregunta es media cuática, pero tú, primero que nada, tendrías que decirme en qué sentido.

MARLENE: —En el sentido de cómo... si acaso te ves una persona con tus ideales bien puestos.

ROBERTO: —Demás que sí, poh... ¡ah, no quedan cigarros! Demás que sí, aunque ¿cachai? igual el... el ideal que yo he tenido siempre ¿cachai? en este momento yo no soy un ejemplo...

JANO: —A seguir...

ROBERTO: —A seguir ¿cachai?, porque no; o sea igual no vivo tanto de la forma que yo pienso ¿cachai?, pero eso por distintas razones ¿cachai? ¿Cachai que ésas son güeás de uno, cachai?

MARLENE: —Y por qué; o sea ¿por qué tú dices que no eres un ejemplo a seguir?

ROBERTO: —¡Ah, no, poh! ¡Igual tú no me entendiste! Si yo te estoy hablando dentro de lo que yo pienso ¿cachai?, dentro de la gente que piensa como yo; o sea... no, no en cuanto al entorno social ¿cachai? Una güeá así, no ¿cachai? Y igual yo por lo menos me veo como una persona ahora normal, así, normal, pero pa' mí ¿cachai? Yo sé que la gente sabe, está segura que yo no soy normal...

JANO: —¡Soi el drogo!

ROBERTO: —Soy... soy, claro, a mí me dicen así. Soy drogo. Igual soy drogo, pero soy una persona normal y igual de repente pienso más que mucha de la gente que cree que soy anormal ¿cachai? Onda tengo... como tú me preguntaste recién la güeá... Tengo muy claro lo que pienso, y la gente no tiene claro lo que piensa ¿cachai? Igual hay excepciones, pero... y por esa güeá cometen errores, errores tuyos ¿cachai?

MARLENE: —¿Y qué les gustaría a ustedes, o sea... qué piensan ustedes sobre el futuro?

ROBERTO: —El futuro que veo yo... Yo igual quiero salvarme no más ¿cachai?, ésa es la güeá que quiero hacer: quiero salvarme de... aprovechar que tengo la mano con mis viejos y salvarme. ¡Salvarme! Salir de mi casa con alguna güeá que me sirva para subsistir, así, ésa es toda la güeá...

MARLENE: —O sea: estudiar, tener una profesión.

ROBERTO: —Sí, sí, aunque como soy de volao, así es difícil que llegue a...

JANO: —Por qué no, güeón.

ROBERTO: —Aunque no... sí, si puede ser ¿cachai? puede ser, por ejemplo, en mi caso, güeón, la yerba ¿cachai? me lleve a... a de repente despreocuparme de la güeá ¿cachai?

JANO: —¡Ah, no! ¡A mí no me pasa esa güeá!

ROBERTO: —Yo incluso estudio volao... ¡ja, ja!, no, si yo también hago eso y me queda más materia ¿cachai? en la mente que...

JANO: —No a mí... no sé, güeón, pero...

ROBERTO: —Comprendo más la güeá de repente ¿cachai?, pero igual estoy consciente que si no, no tengo ninguna güeá pa' subsistir. No voy a estar cagao, así que quiero aprovechar esta güeá que se me da ahora, porque a lo mejor la güeá más adelante no se me va a dar...

MARLENE: —¿Y tú, Jano? ¿Qué opinai de tu futuro? ¿Trabajar, estudiar?

JANO: —Yo estoy bien. Yo estoy... yo estoy estudiando ¿cachai?; onda el otro año me recibo y después de ahí quiero que me vaya bien. Estoy estudiando agropecuario, veterinario. Este otro año voy a salir. Salgo en agosto y hago mi práctica. Eso lo tengo ¿cachai? onda claro. Y después de ahí, seguir estudiando en la U en Santiago, Santo Tomás. Seguir estudiando medicina veterinaria, pero ya vengo con una base de... un buen título. No vengo tan pelao.

ROBERTO: —Yo... Yo, bueno, yo estoy sacando el cuarto ¿cachai? Debería de repente estar en un curso superior, pero igual a los 18 años me tuvieron en contra de mi voluntad encerrado ¿cachai? los milicos ¿cachai? en el servicio militar.

MARLENE: —¿Tú encuentras que el servicio militar es algo necesario o innecesario?

JANO: —¡No a la Mili!

ROBERTO: —Yo tengo mi opinión contra; o sea... contra, contra, contra el servicio militar. Es que...

JANO: —Te idiotiza mucho.

ROBERTO: —Te idiotiza ¿cachai? y no, y esa güeá es algo que va en contra de la... lo... ¡puta! lo mismo que dice la Constitución ¿cachai? Yo te digo la Constitución Política ¿cachai? del país dice otra güeá ¿cachai? en el sentido de que igual hay libertad ¿cachai?, la güeá... esa güeá queda expreso ¿cachai? que hay libertad y esa güeá es un atentado contra eso mismo. Y... no sé, igual la güeá ahora está mejor: cuando lo hice ¿cachai? no teníamos qué pito tocar, nos sacaban la mierda y no teníamos pito que tocar ¿cachai? Pa' mi esa güeá es fascismo. Y por eso estoy totalmente en contra de esa güeá ¿cachai? del servicio militar y ¿cachai? nosotros nos vestimos con güeás, desechos militares y la gente que nos ve así dicen estos güeones están en contra de la milicia pero se visten con güeás de milicos, pero no entienden que nosotros pensamos en otra forma que ellos ¿cachai? Esa es la güeá.

MARLENE: —Pero a ustedes qué les gustaría; o sea... hacer a futuro; a ustedes qué les gustaría que esta Villa tuviera, para estar más integrados a esta Villa.

ROBERTO: —Yo pienso que pa' mí no va haber nunca integración. Yo por lo menos ya tengo mi vida aparte de esta güeá ¿cachai?; tendría que ser una güeá... no sé, poh, una güeá muy especial pa' que yo me... y yo cacho que... y no llegaría a... al punto de integrarme tanto a la güeá; así que onda hasta por ahí...

MARLENE: —O sea, ustedes no viven en la Villa.

ROBERTO: —No.

JANO: —¡No!

ROBERTO: —Nosotros tenemos un mundo aparte... Cuando estoy aquí en la Villa estoy en mi casa, no salgo a ningún lado a ni una güeá y si salgo a comprar unos cigarros voy pa' la casa de este loco. Igual tengo amigos acá ¿cachai? y buenos amigos; esa güeá no te la voy a discutir ¿cachai?, pero no sé, poh, la mayor parte de la gente no va conmigo.

JANO: —Vamos, Robert, son las nueve y cuarto... ¡la dura!: tenemos que estar como a las nueve y media en la casa.

ROBERTO: —¿Querís hacerme otra pregunta?

MARLENE: —No sé, poh... Algún lema que tenga cada uno en su vida.

JANO: —¿Cómo es? Cuando el diablo no existe es Dios que está enojado... ¡Ja, ja!

ROBERTO: —No, yo pienso que en esta vida está todo mal hecho, que en este mundo está todo mal hecho: ésa es la güeá que yo pienso. Está todo mal distribuido. Las riquezas están mal distribuidas y por esa güeá yo nunca voy a ser una persona sociable.

MARLENE: —Ponte, yo soy de estas personas que me gustaría que este país naciera de nuevo, porque hay tanta injusticia, hasta en lo político, social, económico, en la educación; o sea: yo soy de esas personas. Me gustaría que a los jóvenes se les diera más, más derecho a voz y voto y yo sé que esta cuestión... Lo que pasa es que yo tengo 18 años y no estoy ni ahí con votar, porque no creo en los políticos.

ROBERTO: —Yo tampoco. Nunca me inscribí, y si tengo carnet de identidad fue porque me obligaron a sacarlo...

MARLENE: —A veces encuentro también que el carnet de identidad es algo que es innecesario porque...

ROBERTO: —¡Inútil, totalmente! Si, ¿de qué te sirve si... si la güeá se te pierde? ¿Cachai? Si se te llega a perder puede caer en malas manos la güeá y la ocupan ¿cachai? en tu perjuicio; o sea, una güeá totalmente imbécil el carnet de identidad ¿cachai? Pa' las güeás que son impuestas que la güeá te tiene que servir. Pero no sé, poh, debería ser... si es igual la identificación ¿cachai? debería ser de otro modo lo güeá. Esa güeá yo opino.

MARLENE: —¿Qué es lo que menos te gusta de este país?

ROBERTO: —La policía y los militares, esa güeá.

MARLENE: —¿Por qué?

ROBERTO: —Porque estoy en contra del autoritarismo, del fascismo ¿cachai? y por eso yo cacho más que nada... Sí, porque... eh, la injusticia de esa gente se ve, se ve todos los días, y la falta de criterio p' actuar y toda esa güeá ¿cachai?

MARLENE: —¿Algo más que quieran acotar?

ROBERTO: —Yo lo primero que le diría a la mayoría de la gente de esta Villa que no sean p'al poto y que piensen (ija, ja!)... ¡La legal! Yo... eso, esa güeá: que no sean tan poto y que piensen, que por un momento se detengan a pensar las güeás y no... y no respirar porque el aire es gratis no más ¿cachai? (ija, ja!). Esa güeá es la que yo le diría a la gente.

MARLENE: —¿Y tú, Jano?

JANO: —Nada, porque estoy sin pensamiento en estos momentos... Ya ¿vamos?

MARLENE: —Gracias, chiquillos, se pasaron.

¿Qué trascendencia histórica tiene la lucha de las incesantes “nidadas” de jóvenes pobladores?

Recapitulemos: tempranamente, los ‘cabros chicos’ reaccionan frente a la crisis de sus padres tejiendo lazos fraternales entre ellos y tomando la pala y la picota para solidarizar filial y económicamente con sus viejos. Al hacer eso abandonan, poco a poco, el sistema escolar —con sacrificio de su propio futuro—, pero a la vez despiertan la simpatía y protección de los más diversos actores vecinales: de dirigentes deportivos, grupos de jóvenes, profesores, etc. Son, pues, estos niños los que inician y promueven gestos, actos y procesos sociales de re-humanización y re-fraternización. Los que inician un riachuelo de historia fresca, nueva y solidaria que se contrapone al alud de empleos precarios y marginalidades que, implacablemente, se descuelga de las cumbres del mercado mundial hasta arrollar las condiciones de vida de su población.

Tras ellos, los ‘cabros jóvenes’ reaccionan a la imposibilidad de irse de la población y a la guerrilla vecinal y policial que los acosa buscando entre ellos mismos una amistad solidaria que les permita no sólo compensar la crisis afectiva de sus familias, sino también construir identidades re-humanizadas y proyectos de acción con fuerte contenido utópico. Y ello mientras sienten con fuerza la esperanza de cambiar el mundo “desde su nacimiento”. Generan así una energía social y cultural que expanden sobre la población (y más allá de ella), pese a la guerrilla vecinal y al cerco policial, como un torrente de historia rebelde pero esperanzadora y contrapuesta al alud permanente de la crisis.

El riachuelo histórico en que navegan los cabros chicos es tenue, ancho como rocío y goza de simpatía universal. El de los jóvenes, en cambio, es un torrente caudaloso e intermitente, que provoca gestos de simpatía y antipatía, que tiene anversos y reversos y se encajona como un conflicto terminal. Uno y otro, sin embargo, surgen de la misma savia vecinal y fluyen para crear —contra todo— sujetos con sentido solidario, redes sociales que protegen y cobijan la vida, que crean identidad, y larvas de movimiento social que trabajan utópica y críticamente. O sea: tejidos sanos y autóctonos de sociedad civil. Gérmenes de ciudadanía soberana.

¿Qué trascendencia tienen estas historias? ¿Cuánto pesan en el devenir de la vida nacional? ¿Cuál es el resultado neto o sentido final de estas luchas?

Al transformarse en adultos, como que los jóvenes son tragados por la vida doméstica, por un empleo cualquiera, por el mercado o los tentáculos del ‘centro’ del sistema. Como que, al hacerse adultos, los que una vez fueron cabros chicos y cabros jóvenes abandonarían la lucha. Su lucha. Su historia. Como que la derrota terminara, al fin, anonadando su condición de sujetos y actores. Las “nidadas” de niños y jóvenes, una tras otra, con el paso del tiempo, van eclipsándose de las esquinas, de las canchas y de “la pieza del fondo”. Borroneando, de paso, sus críticas y utopías. Como que el sistema y la crisis las fagocitaran, haciendo que sus luchas y su historia se extingan, sin brillo. ¿Inútilmente?

Otras “nidadas” llegan, sin embargo —en la huella de la misma vieja crisis—, para reanudar la lucha, para levantar historia nueva, y revivir la esperanza y la utopía. ¿Y para ‘derrochar’ también, a final de cuentas, su energía, su rabia, su fraternidad y su renovada porfía?

Es evidente que las políticas que sólo intentan ‘equipar’ con plazas y multicanchas los espacios donde se da esta lucha y se reescenifica esta historia no podrán resolver, ni el origen de las múltiples “nidadas” que llegan a sobrar en la población, ni la inutilidad final de la lucha dada por esos jóvenes en sus múltiples esquinas. Mejorar la *escenografía* de la lucha no cambia ni su origen, ni su contenido, ni su resultado. Construir sedes para jóvenes, multicanchas para jóvenes, financiar exposiciones y tocatas para jóvenes ¿es una ataque a fondo a los factores que generan la crisis? ¿Es un medio para potenciar la crítica y el cambio social promovido por los jóvenes? ¿O es sólo un ‘esquema’ destinado a potenciar las aristas puramente culturales y presentistas del movimiento juvenil poblacional, para pasmar de paso su potencial contenido político?

La intensa y profunda historia re-fraternizadora que surge en las poblaciones bajo el impacto de la crisis corre siempre el riesgo de apoyarse y extinguirse como una historia marginal, lateral, como una sombra sin trascendencia para la vida del ‘centro’ nacional. Los minúsculos, sordos pero heroicos gestos humanos y solidarios de los cabros chicos y los cabros jóvenes corren el riesgo de perderse en el smog, como partículas contaminantes de flotación libre. Pese a su intenso contenido emocional, valórico y emblemático. Pese a la validez de la utopía que, como exigencia de pureza, transparencia y honestidad, cree en el renacimiento de todo.

¿Puede una nación derrochar tan inútilmente lo mejor —la energía más químicamente humana— de su historia social? ¿Puede convertir las quemantes utopías juveniles en gestos, perfiles y sombras borroneados por el smog? ¿Puede ignorar la limpia lección de fraternidad que, día a día, enseñan los ‘cabros chicos’ de la población?